

Sci·FdI: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM



Mito y Ciencia Ficción

Presentamos el VI Congreso Internacional de Mitocrítica

Portada: Adriano | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Pablo Moreno Ger
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Diez
Julio Septién del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Adriano

La plantilla para la maquetación de este número de Sci-Fdi ha sido realizada enteramente en \LaTeX por David Pacios Izquierdo (Pascal) como colaboración con la Oficina de Software Libre y Tecnologías Abiertas de la Universidad Complutense de Madrid.



OFICINA DE SOFTWARE LIBRE
VICERRECTORADO DE TECNOLOGÍA Y SOSTENIBILIDAD
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE MADRID

Editorial

Comité Editorial

Queremos comenzar el presente número llamando la atención sobre la celebración del VI Congreso Internacional de Mitocrítica «Mito y Ciencia Ficción», que tendrá lugar el próximo mes de octubre en la Universidad Complutense de Madrid. El lector interesado puede encontrar más información sobre el evento en <https://mythcriticism.com>. En él se analizarán las relaciones entre la ciencia ficción y los mitos. A modo de aperitivo, empezaremos el número con un ensayo que aporta la justificación científica del evento.

Tras hablar sobre ciencia ficción y mito, pasaremos a mostrar un ingenioso modo de obtención de financiación gracias a *El impuesto*. Aunque esperamos sinceramente que nuestros gobiernos no lleguen a implantarlo, nos tememos que llegado el caso lo pagaríamos gustosamente... Continuaremos con el emotivo cántico que nos trae *La otredad*, que se transcribe como [*la otreḡaḡ*] y que nos lleva a ver las cosas desde otra perspectiva. Después mostraremos cómo *Los hombres saco* (también llamados hombres burka) consiguen obtener su deseada libertad. Tras ello, subiremos *A bordo* de una nueva inteligencia artificial y concluiremos nuestro apartado de relatos con una *Legión* que tratará de aprovecharse de nuestras debilidades.

Como punto final del número, Rutwig Campoamor Stursberg nos presentará un interesante ensayo titulado *Entre el cero y el infinito: digresiones matemáticas en la ciencia ficción*. En él se realiza un repaso a una amplia variedad de relatos y novelas de ciencia ficción donde las matemáticas juegan un papel especialmente relevante.

Antes de finalizar, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente propagado de que somos los responsables de proporcionar al ministro de industria la implementación del sistema descrito en *El impuesto*. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladerías sin fundamento. Todo el mundo sabe que si hubiéramos desarrollado dicho sistema, lo habríamos utilizado solo para nuestro propio beneficio...

Índice

Mito y Ciencia Ficción. Justificación científica	4
El impuesto	7
La otredad [<i>la otreḡaḡ</i>]	9
Los hombres saco	15
A bordo	17
Legión	23
Entre el cero y el infinito	33

Edición web: <http://www.ucm.es/sci-fdi>
Envíos y sugerencias: scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia "Creative Commons Reconocimiento 3.0", con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-FDI se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



VI Congreso Internacional de Mitocrítica «Mito y Ciencia Ficción». Justificación científica

Losada, José Manuel

Una constatación de perogrullo: el mito y la ciencia ficción son extraños compañeros de cama. Como todas las afirmaciones osadas, esta tiene su objetivo: marcar el terreno; de igual modo, como toda declaración terminante, debe ser matizada.

Mito y ciencia ficción procuran explicar el mundo, dar respuesta a las preguntas sempiternas: el origen de la vida y la causa de la muerte. Pero a la humanidad no le bastan las explicaciones: quiere emitir juicios aprobatorios o condenatorios. Tanto el mito como la ciencia ficción proyectan contradicciones en circunstancias inauditas con fines de adhesión o denuncia. Dada la capacidad proyectiva de nuestra imaginación, planteamos escenarios improbables que nos permitan ver con luces nuevas las consecuencias de una situación futura.

Al igual que el mito, la ciencia ficción ha incorporado a su elenco temático las angustias de nuestro tiempo. Celeberrimas novelas y películas del género han abordado aprensiones contemporáneas: una catástrofe nuclear de incalculables consecuencias (*Godzilla*), la necesidad de emigrar a colonias espaciales (*¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, *Do Androids Dream of Electric Sheep?*), o el miedo a los desmanes de un uso cuestionable de la ciencia (*La isla*, *The Island*).

Aquí encontramos otro punto de confluencia entre mito y ciencia ficción. Los relatos míticos proponen situaciones excesivas y consecuencias de los excesos. Desde los comienzos de la revolución industrial, estos escenarios extraordinarios han sido representados en buena medida por la ciencia ficción. Parece como si el imparable avance de este género amenazara la existencia del mito. Este conato de usurpación discurre paralelo a la progresión exponencial de los avances en la ciencia empírica.

Ahora bien, el quebrantamiento de los límites según la ciencia ficción no se ha caracterizado por su carácter optimista. Al margen de contadas producciones prometedoras (*Star Trek*), el horizonte se cubre de distopías sobre la irremediable esclavitud de la humanidad a manos de las máquinas. Estamos lejos de los sueños del positivismo del siglo XIX, cuando el método experimental brindaba increíbles esperanzas a la ciencia empírica.

A este respecto, la primera entrega de las Wachowski (*The Matrix*) resulta altamente instructiva. Las máquinas han vencido y esclavizado a los humanos, reducidos a meras baterías cuya conciencia es continuamente alimentada mediante Matrix, un sistema virtual implantado en el sistema nervioso. Esta película, sembrada de referencias míticas (Zion, Morpheus, Neo, Niobe, Seraph, Persephone...), es un intento de liberar a la humanidad de la enajenación metaforizada en las máquinas. Neo representa los dos extremos cronológicos del mito. Por un lado, es el hombre del pasado (busca el origen en el que los humanos eran capaces de tomar sus propias decisiones); por otro, es el hombre del futuro (encarna un superhombre "poshumano", evolucionado, que conoce la verdad sobre el sistema Matrix y lo burla). De no ser por la falta de dimensión transcendente sobrenatural, *Matrix* sería un relato mítico completo.

La búsqueda paralela de explicaciones y los juicios sobre las cuestiones absolutas no permiten confundir mitología y ciencia ficción. Sería imprudente, por ejemplo, hablar de aventura mitológica en *Metrópolis* (novela de T. von Harbou, película de F. Lang). Las evocaciones de mitos bíblicos (Moloch, Babel) no convierten el texto o la cinta en relatos mitológicos. Mito y ciencia ficción no son intercambiables. Lo mismo que asemeja mito y ciencia ficción (el de-

seo de explicar) es lo que los separa. Aquel recurre a la etiología trascendente, esta, a la científica. De ahí que cada cual requiera su disciplina de estudio con su metodología y hermenéutica propias.

Prosigamos discutiendo semejanzas. Mito y ciencia ficción experimentan cambios sustanciales en la sociedad de la imagen; piénsese en una distorsión que afecta a ambos por igual: el papel prominente del espectáculo, en ocasiones parásito de la narración: el lector queda absorto ante la maravilla que sus ojos le ofrecen. Consecuencia inmediata: el mensaje del mito pasa a un segundo plano, en favor del efecto espectacular.

Esta sobrecogedora impresión ha provocado un cambio considerable en los tiempos modernos con la invención del cine. Una película o un episodio de una serie, ambos míticos, tienden hoy a privilegiar el espectáculo sobre la narración. Esto mismo ocurre, con una variante, en la ciencia ficción. Este género proyecta el imperio progresivo de la ciencia a medida que avanza la investigación; incluso las distopías también remachan, por contraste, ese mismo imperio científico. Así ocurre en los primeros textos de ciencia ficción: el *Icaromenipo* de Luciano presenta a un atrevido filósofo que, ayudado de dos alas, sube al monte Olimpo y a la luna, desde donde observa Asia y Europa, con tan buena visibilidad que puede incluso distinguir cuanto ocurre en el interior de las casas. Los pasajes mitológicos y satíricos no afectan al carácter de este relato, donde ya se confiere mayor relevancia al espectáculo que a la narración.

Esta distorsión de los efectos narrativos se hace más patente en el paso del soporte escrito al cinematográfico. *El viaje a la luna* de Méliès (*Le Voyage dans la Lune*) conoció un éxito sin precedentes. Tanto fue así, que el director ingenió diferentes secuelas, más o menos libremente inspiradas de otras obras de Julio Verne. Méliès no dudó en alargar las tomas espectaculares: así, la secuencia del *Viaje a la luna* en la que el astro se agranda a medida que la nave espacial se acerca, es sustituida, en *El viaje a través de lo imposible*, por otra en la que la máquina espacial vuela hasta introducirse

por la boca del sol. El resultado es una serie de astracanadas que relegan a un segundo plano los entresijos de la ciencia. De aquel poder que la ciencia ficción había venido a celebrar, solo quedan los vistosos festejos al regreso de los exploradores.

La espectacularidad ha de ser asumible: de ahí que la ciencia ficción presente con verosimilitud los efectos espectaculares de la ciencia. Esta credibilidad se basa en una relación de analogía por la que el lector o espectador se inclina a creer las proyecciones de lo que sabe o piensa saber: los aspectos más racionales del mundo conocido sirven de cebo y señuelo para la aceptación de los menos racionales del desconocido. Entra en juego la pericia del narrador, su sabia manipulación encaminada a conseguir el efecto mimético de la literatura.

Aquí subyace otro elemento en el que, de nuevo, confluyen y convergen ciencia ficción y mito: la mimesis. La literatura es el arte de la mimesis. Superman gira en sentido inverso a la rotación terráquea para revertir el tiempo; Satán desciende al Tártaro en busca de demonios que le secunden en su rebelión: dos episodios extraídos de relatos de ciencia ficción y mitología, increíbles o creíbles en función de diversos factores (entorno contextual de la narración, aptitudes del emisor, disposiciones del receptor...). Ahora bien, de igual manera que el mito arroja el acontecimiento extraordinario sin detenerse a explicarlo, la ciencia ficción pone sumo interés en proveerlo de disquisiciones y explicaciones científicas y paracientíficas; las primeras ceden parte de su verdad a las segundas, de modo que el conjunto adquiera una similitud lógica que reclama nuestra credibilidad. Nada de esto ocurre en el mito, donde los factores fiduciario, autoritario y numinoso desempeñan el papel que los tiempos modernos reservan a la ciencia.

El lugar ocupado por la ciencia en el desarrollo de los argumentos del género merece un análisis. En ocasiones, un invento o un descubrimiento generan la trama: Pym descubre las partículas químicas que facultan el cambio de tamaño e inventa un casco capaz de controlar las hormigas (*Ant-Man*); en otras, un error científico o un da-

ño colateral originan la trama: como consecuencia de una excesiva exposición a los rayos gamma, Banner sufre una mutación que le transforma en monstruo furioso (*The Incredible Hulk*, 2008). A estos argumentos clásicos de la paraciencia en las tramas del género se añaden otros más sofisticados. Así, mediante el recurso a la teoría de los multiversos, se confiere existencia a hipotéticos universos paralelos o alternativos que, considerados en su conjunto, comprenden cuanto existe. No es otro el origen del Universo Marvel o del Universo DC, cuyas aventuras aparecen dotadas de una continuidad que da coherencia a todos los argumentos. Cuando universos aislados se interpenetran, se resquebraja la rutina y se genera la tensión. Estamos ante la paraciencia o la ciencia ficción. Alienígenas de otros universos surgen en el nuestro, como en *Pacific Rim*, donde los *kaijus* atraviesan un portal interdimensional y emergen a través de una brecha en el fondo del océano Pacífico para destruir la raza humana.

Nos faltaba la magia. Exiliada por orden mayor del mundo de la ciencia experimental, se cuela en el de la ciencia ficción. No es de extrañar: ambas comparten semejante tendencia a la aceleración y la extrapolación. Recordemos que la magia es un atajo:

cuando el orden establecido en la materia adquiere visos de lentitud insoportable, el mito (y la fantasía) hacen uso de la magia; nada tan sencillo como recurrir a un objeto (una vara, un anillo o el fuego) para vislumbrar el pasado o el futuro, convertir las piedras en oro o dominar la mente del adversario. La magia es al relato mítico lo que la paraciencia es a la ficción: un atajo creíble para ganar tiempo o alcanzar objetivos imposibles mediante el decurso habitual de nuestro mundo.

¿Dónde empieza y dónde acaba el mito?, ¿hasta dónde llega la ciencia ficción?, ¿qué significado tienen los cruces entre ambos tipos de relato? Lo crucial e indiscutible, como siempre, es detenerse y analizar el tipo de trascendencia en cada caso, sumo criterio para identificar y distinguir mito y ciencia ficción.

A estas reflexiones, los participantes del Congreso añadirán las que consideren más oportunas con ánimo de estudiar las relaciones entre el mito y la ciencia ficción. De este modo, todos continuaremos aportando claves interpretativas de la modernidad y la postmodernidad, así como de la cultura y del pensamiento de nuestra sociedad actual.

El impuesto

Briones, Florentino

Aunque todo el edificio de la presidencia y, en particular, la sala del consejo estaban perfectamente blindados contra la contaminación exterior, se decidió que asistiéramos a la reunión con los trajes y cascos de seguridad, aunque, eso sí, descontaminados por partida doble, al entrar en el edificio y al entrar en la sala.

Era poco probable que los manifestantes pudieran hacer peligrar la seguridad de los miembros del consejo, pero se había filtrado la noticia de que pensábamos subir un cincuenta por ciento el impuesto sobre el orgasmo, y aquello, como es lógico, tenía indignada a la muchedumbre.

—Es duro, —comentó el ministro de hacienda— pero es el único impuesto que puede proporcionarnos la liquidez necesaria para afrontar la situación de quiebra técnica a la que irremisiblemente estamos abocados.

—El problema —objetó la ministra de equidad— es que al subir el impuesto, la gente se retraerá y disminuirá el número de orgasmos, con lo que podría ocurrir que se recaudara menos que manteniendo el impuesto como está ahora.

—Quizás habría que subirlo menos, —propuso la ministra de sanidad— un diez o un veinte por ciento solo...

—No se recaudaría lo suficiente —cortó el ministro de hacienda.

Noté que mi erotómetro vibraba ligeramente, así que llevé mi mano izquierda a la muñeca derecha y pulsé el botón beta para recibir información visual en el visor del casco. Las cifras de erotomía entrante y saliente estaban creciendo a gran velocidad, estabilizándose finalmente en 80 y 95 respectivamente.

¡80 y 95! Increíble. En ninguna reunión del consejo habían pasado nunca las cifras de 15 y de 20. ¿Sería posible que una de las personas presentes fuera un impostor?... Pero era imposible que los datos psicomorfológicos que detectaban los sistemas de seguridad fueran manipulados.

¿Cómo explicar el aumento hasta un 80

de la erotomía entrante? ¿Que una de las ministras se había operado los pechos para que tuvieran el tamaño, la forma y el neumatismo que mejor se adaptaban a mis preferencias sexuales?

Pero a mí, lo único que podía diferenciarme de cómo era en reuniones anteriores, era que me había teñido las cejas y las pestañas de verde fosforescente. ¿Era eso suficiente como para que mi erotomía saliente hubiera subido nada menos que a 95?... Solo si alguno de los miembros del consejo era presa de un fetichismo galopante por las cejas y pestañas verdes fosforescentes. ¿Sería la fetichista la misma que se había operado las tetas?... Tenía que averiguar quién era y llevarla a una sala de vis-a-vis. Aquello prometía un orgasmo absolutamente glorioso...

Me di cuenta en ese momento de que todos los miembros del consejo estaban en silencio, y de que todos tenían su mano izquierda sobre la muñeca derecha... ¿Pulsando el botón beta?

—¿Qué tal si nos desnudamos y organizamos una pequeña orgía? —dijo el ministro de industria riendo a carcajadas.

—Síiiiiiiiiii —chilló la ministra de sanidad mientras se quitaba el casco. Un par de ministros más y el propio presidente también se habían quitado el casco y estaban empujando a quitarse los trajes de seguridad.

—¡Calma, señores, calma! —gritó el ministro de industria— Vuelvan a mirar sus erotómetros.

14 y 17 marcaba el mío. ¿Qué había ocurrido?

—Siento haberles gastado esta pequeña broma, —dijo mostrando lo que parecía un mando a distancia— pero era la mejor manera de hacerles ver los efectos del nuevo producto que ha desarrollado un equipo de investigadores que están dispuestos a vendernos su patente en exclusiva.

—Estamos con el agua al cuello —se indignó el presidente— ¿y pretendes que gastemos una fortuna en la patente de un juegucito?

—No es un jueguito. Es la solución a nuestros problemas presupuestarios. Silencio.

—Dada la fuerte contaminación ambiente todos vamos constantemente con nuestros cascos y trajes de seguridad. Solo nos los quitamos en algunos edificios singulares, como este, y en las salas de vis-a-vis... Raramente se atreve alguien a quitárselo en su propia casa. Salvo los muy ricos, evidentemente, que pueden permitirse el lujo de blindarla. Los estímulos sexuales que antiguamente nos llegaban por la vía de la vista, del olfato,... de los sentidos... cuando simplemente paseábamos por las calles, difícilmente nos pueden llegar ahora con estos amorfos trajes y cascos de seguridad. Ahora dependemos exclusivamente de nuestros erotómetros para saber si alguien excitante para nosotros se encuentra a nuestro alrededor, y estamos tan habituados a ellos que el solo hecho de que nos muestren unas cifras más o menos altas nos excita y predispone...

—¿No pretenderá subir sin su conocimiento las cifras de erotomía a toda la población? —Intervino la ministra de equidad —El efecto duraría solo unos días. Terminarían por darse cuenta de que algo iba mal.

—No, por supuesto. La idea es subir las cifras aleatoriamente en zonas también aleatorias. Por supuesto, sin que los afectados lo sepan. Hemos calculado que subidas continuas aleatorias de diez minutos de duración en un uno por ciento cambiante de la población podría aumentar el número de orgasmos en un ochenta por ciento, lo que haría innecesario subir el impuesto. Es más, incluso bajándolo un cinco o un diez por ciento seguiríamos teniendo un aumento de entre el cincuenta y el sesenta por ciento de la recaudación. Con la ventaja adicional de que bajar el impuesto nos daría más votos en las próximas elecciones.

—Y si se descubre... ¿es eso constitucional? —pregunté.

—¿Qué más da?... Dos tercios del tribunal constitucional son del partido.

La otredad [la otreḡaḡ]

Parra Avellaneda, Víctor

Casa se transcribe como [kasa]

Familia se transcribe como [familja]

Tiempo se transcribe como [tjempo]

Lenguaje se transcribe como [len^xgwaxe]

Vida se transcribe como [biḡa]

Aislamiento se transcribe como [aiḡlam-jento]

Muerte se transcribe como [mwerte]

–¿Y el silencio?

–*Silencio* se transcribe como [silenḡjo]

–A ese *silencio* no me refería, sino a la ausencia total de sonido. ¿Cómo se transcribe aquello que ya no suena?

–No se puede.

–¿Dices que no puedes transcribir el verdadero sonido del mundo y la verdadera voz de los seres humanos?

Quise decir algo, pero no pude. De mi boca no salía nada audible. Estaba muda, otra vez.

–Sé que estás diciendo muchas cosas ahora, pero no las escucho. Llegará el momento en el que todas las voces que hoy suenan serán olvidadas y terminarán como tú, en un absoluto silencio.

Desperté.

–Fue una pesadilla –me dije, esperanzada al poder escuchar mi voz.

–¡Doctora Xóchitl, que bien que ya despertó! –me dijo un hombre sentado a mi lado.

–¿Disculpe? –dije, aturdida.

Me encontraba en una furgoneta. Mis pupilos iban a bordo, al igual que Yamanik, que dormía.

El hombre que me habló tenía innumerables arrugas en la cara, abundante cabello ya en canas, una nariz redonda acompañada de un denso bigote negro; portaba además una chaqueta como las que usan los guías de los safaris que decía *Dr. Carlos Ramírez*.

–Disculpe usted; tuve un mal sueño y estoy analizando todo para recobrar la cordura –le dije.

–Ah, ya veo, no se preocupe. Aquí hay muchos que están... así como usted –dijo

riendo y viendo a los otros tripulantes dormidos.

–Ya puedo notar de que esto no es un sueño –dije, irónica– Ya recuerdo que usted es el ornitólogo del que me contó Yamanik. Usted quien visitó por primera vez a la comunidad.

–En efecto, doctora. Hace usted un buen recuento de la situación actual. Dígame, ¿es la primera vez que colabora en una investigación de este tipo?

–No exactamente. Cuando era estudiante me encargué de realizar transcripciones en wixárica de comunidades de Nayarit.

–¿Transcripciones? No comprendo bien.

–Consiste en escuchar las palabras en el idioma que se estudia, hablado por los mismos pobladores y luego se escriben en un alfabeto fonético, donde están representados todos los sonidos conocidos que puede pronunciar un ser humano. Así cualquier lingüista, puede estudiar una lengua.

–En ese caso, ¿hará usted lo mismo con la nueva comunidad?, me refiero a transcribir.

–Sí. Será una primera fase para estudiar el dialecto. A lo que me han contado sus colaboradores, este es un idioma de tradición oral. Mi equipo y yo trataremos de recabar todas las posibles conversaciones y palabras existentes, transcribirlas y así, llegar a entender la gramática y el significado de todo lo que dicen sus hablantes. Aunque este caso es muy particular, por no decir que es sumamente raro; no sé si los símbolos fonéticos sean útiles viendo la situación en la que nos encontramos. Sé que ustedes los ornitólogos pueden estudiar el canto de las aves por medio de espectrogramas. Los lingüistas nos valemos de la misma herramienta en casos específicos.

Después hubo un silencio entre nosotros. Solo se escuchaba la furgoneta desplazándose sobre la carretera de la sierra. Me recargué hacia la ventana de mi asiento, por donde se veía un gran bosque de pino.

Luego de unos minutos, tomé una bocanada de aire, como para recobrar las fuerzas para hablar.

–Dígame, Doctor Carlos –dije– ¿Ha visto aves en la zona a dónde nos dirigimos?

–Para serle sincera, no. Pero esperamos encontrar algunas. Si los habitantes producen sonidos similares a las aves, significa que existen estos animales por las cercanías. Es lógico pensar que las imitan. Aunque hay algo que resulta paradójico y me mantiene bastante intrigado, y es que el sonido que imitan los pobladores no pertenece a ninguna especie viva actualmente.

–¿Cómo dice?

–A lo que me refiero es que los miembros de la etnia se comunican imitando con gran similitud el canto de una especie de ave que se extinguió hace más de ochenta años. Creemos que, si bien el ave está extinta en las regiones donde era habitual documentarlo, no lo hizo en la zona donde está asentada esta comunidad.

–Entonces es posible que tal animal siga con vida, que se haya aislado y evitado desaparecer.

–Puede incluso, y en esto ya estoy muy emocionado con la simple idea, de que existan más aves y otros animales que creíamos desaparecidos habitando la misma región.

Mientras esas palabras eran pronunciadas, yo seguía mirando por la ventana. No vi a ningún ave entre la inmensidad de aquel bosque.

–Por más que nos esforzamos, no podemos avistar ningún ave. Lo único que existe en esta zona son árboles y los pobladores –me dijo el Dr. Carlos.

–Es raro un bosque sin aves –dije.

–Sumamente raro, sobre todo porque las aves pueden encontrarse en todos los sitios que se imagine. Desde selvas, desiertos y hasta en el hielo de la Antártida.

No dije nada. Él tampoco.

La situación era atípica. ¿Cómo podían los pobladores de una etnia indígena reproducir los sonidos de algo que no existe?

–Podiera ser que esos sonidos se hayan originado por casualidad –le dije al Doctor.

–Me parece demasiada coincidencia –me respondió el Doctor Carlos, nada

convencido– Una explicación más sensata sería que el ave migra y no nos encontramos en la época donde viene hacia aquí.

–Eso podría ser. En ese caso, no perderíamos nada esperando la época propicia para hacer avistamientos.

Pasó un año y medio. Ningún ave fue avistada.

–Nos hemos dado cuenta de un fenómeno interesante –me dijo el doctor un día– analizando a detalle los cantos que cada uno de los pobladores emite, pareciera que cada individuo se comporta como un ave única. Me explico. Por lo general, cuando se imita a un animal, la imitación es generalizada y todos los que reproducen esos sonidos lo hacen de la misma manera. Pero aquí, cada persona tiene un rango de locuciones muy amplio, además, entre los pobladores hay ligeras variaciones en el canto. Eso es justo lo que se observa con una comunidad de aves real –me dijo el Doctor Carlos.

–Es como si... como si las aves vivieran dentro de las personas –dije, apenas susurrando.

–Así es. Aunque, a este punto, no sé si eso puede ser considerado un ave...

Se formó otro silencio. Sonaban los grillos. Nos miramos, serios. Creo que a ambos nos preocupaba lo mismo.

Muchas palabras derivan de los sonidos que escuchamos en la naturaleza. ¿Es eso prueba de que la naturaleza puede transformarse en palabras?

Me agobia la idea, la simple pero inquietante idea de que también un animal se pueda transformar en palabras.

Nosotros, quiero pensar, podemos transformarnos en palabras. Lo hacemos todo el tiempo. Cuando escribimos algo, nuestros pensamientos, esas interacciones químicas en el cerebro, se vuelven letras y palabras. ¿No es la vida lo mismo? Un puñado de letras acomodadas de tal manera que generan todas las criaturas del mundo.

–Todo indica que el ave se extinguió en su forma material. Su cuerpo ya no está, pero su información persiste. Lo hace estando dentro del cuerpo de un organismo vivo, como los pobladores. Se trata quizás de

una nueva estrategia de evolución, de una manera de evitar la desaparición, o incluso, un nuevo camino para encontrar la inmortalidad. Tiene sentido, Doctora. Piense en las ventajas que tendría todo eso. El ave ahora vive en una especie que se encuentra en gran ventaja, que está en la cima de la cadena alimenticia. Puede vivir, como en latencia y reproducirse cuando lo hace el organismo huésped, que se convierte en un vehículo de ese ave inmaterial y hecho completamente de pensamientos –me dijo el Doctor Carlos, mientras recorríamos el bosque a pie.

–Eso lo he escuchado en alguna parte. Suena... suena como a un virus... –dije.

–Sí, como un virus, eso es. Los virus son... como decirlo... genes solitarios que infectan organismos más complejos. Son unos oportunistas, pero su estrategia de supervivencia es bastante eficiente.

–Pero, un ave no es solo un puñado de genes, sino un montón de células.

–Lo sé. Eso es bastante claro. Aunque, ¿sabe algo?, al día de hoy, nadie se pone de acuerdo sobre el origen de los virus. Algunos científicos piensan que fueron las primeras cosas en aparecer en la Tierra, antes de las bacterias y las células eucariotas. Otros, por el contrario, proponen que fueron las células lo primero que apareció y de ellas se desprendieron pedazos de genes azarosamente, vagando por los océanos e infectando otras células.

–Estoy informada sobre eso. No entiendo a qué viene todo eso que me cuenta.

–Lo mencioné porque es un claro ejemplo de que no conocemos el origen de algo tan sencillo como un virus ¿puede creerlo? ¡un virus! ¡los virus no están vivos, y los científicos se rompen la cabeza para deducir su origen! Para lo que sí está vivo, ahora tengo mis dudas. Sobre todo, con este pájaro fantasma que pareciera que vive dentro de la mente de los pobladores de la comunidad.

–¿Qué piensa usted?

–¿Qué pienso? ¡Muchas cosas!, entre ellas, que entre todos los procesos y caminos extraños que toma la evolución, esta ave haya perdido todos sus componentes celulares, generación tras generación, fue perdiendo las plumas, y luego la piel y los

músculos, hasta que solo quedaron un puñado de células y finalmente unos cuantos genes, que como los virus, fueron flotando en el ambiente y fueron aspirados por los ancestros de estas personas. ¡Imagínese los disparates que estoy diciendo! ¡Estoy planteando que el ave de ser un organismo pluricelular se transformó en algo ínfimamente simple que infectó la mente de los indígenas, y una vez asentado en sus cerebros, logró perpetuarse en futuras generaciones!

Me imaginé a un ave, de incógnita fisonomía, posada sobre la rama de un alto pino, mientras se le desprendían fulminantemente sus plumas y su piel, hasta quedar reducido a prácticamente nada; ser algo invisible flotando a la merced de las corrientes de aire.

Uno de los aldeanos estaba acostado sobre la plataforma del tomógrafo, llevaba puestas unas gafas de realidad virtual. Yo acompañaba al Doctor Carlos y varios de sus colegas de otras áreas biomédicas. Frente a nosotros una multitud de monitores de computadora mostraba la actividad cerebral en vivo.

–Enseguida se le mostrará al sujeto de prueba una serie de imágenes –dijo uno de los colegas del Doctor Carlos.

Unos segundos después las gafas de realidad virtual mostraron diversas imágenes. Árboles, coches, aviones y algunos animales.

–¿Ve eso? –me preguntó el Doctor Carlos, señalando los monitores.

El cerebro del aldeano mostró ciertas zonas iluminadas, como pequeños destellos.

–Esas son zonas del cerebro que se están activando. La corteza visual reacciona ante las imágenes y luego la sección encargada de los recuerdos.

–Ahora viene lo más interesante –dijo uno de los colegas del Doctor Carlos.

La imagen que se proyectó en las gafas de realidad virtual fue la del ave que el Doctor Carlos y muchos ornitólogos sospechan que es la especie extinta que corresponde a los sonidos imitados por la comunidad indígena.

Enseguida, el hombre que estaba en el tomógrafo empezó a cantar.

–¡Ahí! –dijo el Doctor Carlos, sumamente excitado, señalando las imágenes del monitoreo cerebral –¡Esas partes! ¡Esa zona iluminada!

–¿Será posible? –preguntó uno de sus colegas.

–¡Claro que es posible! ¿No lo ve?

Al inicio yo no comprendía nada. Era otra zona del cerebro iluminada.

–Doctora, es raro encontrar en pacientes normales una actividad de esta intensidad en justo esa zona del cerebro. Suelen presentarse ligeros manchones en el caso de músicos profesionales, pero esto sobrepasa todo registro precedente.

–¿Quiere decir que la zona musical está muy desarrollada?

–Es más que eso. La zona de los sonidos es la más desarrollada de todo el cerebro.

Yo aún tenía dudas sobre todo esto.

A cada objeto los lugareños reaccionaban emitiendo un canto específico, cuyas variaciones fueron analizadas minuciosamente con espectrogramas.

Después de meses de experimentación, descubrimos que existían cantos específicos para ciertos colores y formas geométricas.

–Es como el chino –dije, un día que estudiaba los espectrogramas– es una lengua tonal. Ligeras variaciones en el tono y duración del canto tienen significados completamente diferentes.

Lo que parecía ser un simple canto de aves, una melodía bella y sin significado alguno para quien la escuchara, tenía realmente una lógica y representaba una parte de la realidad. Contenía al mundo, como lo hacen las palabras.

¿Cómo sonamos nosotros? ¿Qué sonido somos?

–Lo que dice es absurdo. Usted misma se contradice. Me está diciendo que esos indígenas son a la vez pájaros. ¡Ridículo! ¡O son una cosa u otra! –exclamó furioso el delegado de la empresa, arremetiendo contra mí– Lo más probable es que no sean personas. ¡No lo son! ¡No tienen papeles y su

idioma es inentendible!

–Son personas... –le respondí, algo dominada por el pánico, estaba muy nerviosa y sentía una incómoda frialdad recorriendo todo mi cuerpo.

–¿Personas? Los análisis científicos demuestran que también son animales, aves... ¡bestias! –sentenció golpeando fuertemente la mesa con su mano en puño– los animales, según la Constitución, son bienes materiales, igual que los muebles. No tienen derechos.

–¡No es posible que esté diciendo semejantes barbaridades.

–¿Yo, barbaridades? Barbaridad lo que propone usted. Que paremos en seco, sin ninguna razón realmente entendible y razonable, el desarrollo urbano que estamos haciendo en la zona que están ocupando ustedes y esos pájaros.

–¡Son personas!

–Los estudios demuestran lo contrario. Son una mezcla, un híbrido. Si bien pudieran ser personas, todo indica a que solo se trata del cuerpo, que es repositorio del virus aviario, ese que infecta sus cerebros y los inutiliza al grado de comunicarse y actuar como aves. Entienda, señorita Xochilt, que esas gentes no son funcionales. No tienen ni idea del enorme potencial del sitio donde están asentados. Son inútiles.

Iba a decir algo, pero el empresario me calló, logrando intimidarme con su aspecto gravemente colérico.

–¿Sabe algo? Hay algo en lo que sí son útiles estas cosas, estos híbridos que no sé cómo llamarlos. Su canto es muy útil y apreciado. Así como el de muchas aves, el canto o el idioma de los pobladores ociosos que usted tanto defiende, tiene gran valor entre cierto sector de la jerarquía social. ¿Quiere ver a lo que me refiero?

El empresario me condujo hacia un gran jardín donde me mostró algo que me provocó náuseas y un dolor muy profundo. Lo mismo que había visto en la carretera estaba aquí. Sentí que desfallecía y que algo muy importante dentro de mí moría inevitablemente.

Una jaula enorme y dentro de ella una persona. Era uno de los habitantes de la co-

munidad.

–¡Canta! –le gritó el empresario a la persona.

Tomó un garrote y lo golpeó repetidas veces, con violencia, sobre los enormes barrotes de la jaula. El indígena, dominado por un genuino miedo que se podía ver en sus ojos alertados, comenzó a cantar.

–¿Ve qué bonito suena el canto de las aves? –me dijo el empresario, mirándome con cierto desprecio– Sí, para esto sí sirven, para alegrar los días como estos.

Detrás de ese *bonito* canto, yo sabía que lo que estaban sonando eran gritos de desesperación.

Que quieren construir hoteles y plazas comerciales. Que es el destino de toda sociedad que no se adapta a los cambios. Que el progreso es imparable. Que por ahí tiene que pasar una carretera muy importante. Que ahí hay un recurso necesario para la economía del país. Que ya no es propiedad del país sino de empresas extranjeras. Que las sociedades que nunca cambian no evolucionan y si no evolucionan tienen que desaparecer. Que pueden evolucionar adoptando nuevas costumbres. Que pueden ser útiles al país si trabajan para las empresas. Que les pagarán un salario (miserable), pero salario al fin de cuentas. Que al cabo que puede convertirse en pueblo mágico. Que a lo mejor se vuelve un destino turístico. Que la gente les comprará sus artesanías para el recuerdo del viaje y luego las olvidará en un estante donde serán sepultadas por el polvo. Que se ve bien bonita la gente con sus prendas coloridas y tradicionales. Que qué exótico se ve para los extranjeros este lugar que solo vienen por fotos que cumplan sus expectativas de aventura porque están muy aburridos en su país de origen. Que qué rica la comida que preparan las mujeres de la etnia, en pésimas condiciones, pero qué rica sabe la comida al fin de cuentas, si eso es la tradición al servicio del turismo. Que posiblemente se construirán complejos hoteles. Que tal vez puedan vender sus artesanías. Que también pueden ser servidumbre de extranjeros y gente adinerada del país, limpiando sus casas, que están asentadas

donde originalmente era la casa de todos ellos. Que es algo natural que las etnias indígenas se vayan a las ciudades y adopten el idioma español. Que no hay que preocuparse. Que los hijos de estas personas cada vez rechazan sus raíces. Que cada vez olvidan quienes son. Que cada vez menos son. Que cada día, cada minuto, cada segundo, dejan de existir. Que hay cosas peores en el mundo. Que hay mayores preocupaciones. Que debería estar agradecida de que no haya una crisis en nuestro país. Que somos potencia y que eso lo vale todo. Que la economía. Que nuestras tradiciones. Que nuestra identidad. Que nuestras raíces.

¿De qué raíces me están hablando cuando ya no queda absolutamente nada en este...

DESIERTO ESTÉRIL?

¿Cómo suenan las cosas?

¡Ayuda!, suena a un canto hermoso de aves.

¡Me estoy muriendo!, suena a un canto hermoso de aves.

¡Libertad!, suena a un canto hermoso de aves.

¡No lo mates, no, no mates a mi madre!, suena a un canto hermoso de aves.

Hace un bonito día, ¿no lo crees? Además, ¿escuchas el hermoso canto de las aves? Me pregunto qué dirán...

Ha cambiado todo.

Quedan pocos pinos. Ahora veo solo plantíos de palmeras o de frijol extendiéndose infinitamente sobre cada rincón de la sierra.

En el cruce de una carretera algo me desconcertó mucho.

–¡Llévele, llévele!, ¡Para adornar su casa con su bello canto! –pregonaba un vendedor ambulante, mientras caminaba sosteniendo un letrero que decía:

CANARIOS

–Lo que hay en esas jaulas no son cana-

rios... ¡son personas! –exclamé, aturdida y al borde de la desesperación.

Eran cuatro enormes jaulas en cuyo interior había personas, los habitantes de la comunidad. Estaban cantando, pero sabía que su canto significaba algo preocupante.

–¡No puede tener a esas personas así, eso es esclavitud! –grité.

Me bajé del carro, furiosa, dirigiéndome hacia las jaulas, de las que tomé con mis manos tensas los barrotes de metal. Empecé a jalonear violentamente. No me daba cuenta de mi fuerza y que casi provocó que la jaula se cayera junto a la persona que contenía.

–¿Qué chingados le pasa, vieja pendeja? –me gritó el vendedor, corriendo hacia mí a gran velocidad –¡Este es mi trabajo, de esto vivo, chingados! –añadió, mientras me tomaba fuertemente de mis hombros y me apartaba de la jaula.

–¿Qué rayos le ocurre?! –le grité, al borde del cólera– ¿¡Está usted loco?!

El vendedor me miraba con sumo desprecio.

–¡La que está loca es usted!, ¡Este es mi trabajo, es legal!, ¿Quiere ver mi permiso?

El hombre, notablemente molesto, sacó de uno de sus bolsillos una credencial donde se le acreditaba como vendedor de... canarios.

–¿Canarios? –dije, incrédula.

–¡Pos sí!, ¿qué más son sino canarios?, ¿que acaso no oye cómo cantan?

–¿Quién le dio este permiso? –inquirí.

–¿Cómo que quién?, ¡Pos el gobierno!, ¿Quién chingados más? –me respondió, pesadamente.

Dos de mis estudiantes me tomaron suavemente de los hombros, tratando de tranquilizarme. No me había dado cuenta a este punto de que ellos habían bajado del auto. Todo pasó tan deprisa por mi mente.

No dije nada. No pude decir nada más.

Fueron mis estudiantes quienes se encargaron de apaciguar el delicado ambiente.

Pronto ya estábamos de vuelta en el auto.

Estuvimos todos serios y callados.

Recordé en ese momento las palabras de aquel sueño que tuve hace tiempo:

Llegará el momento en el que todas las voces que hoy suenan serán olvidadas y terminarán como tú, en un absoluto silencio.

Y terminamos así, mis estudiantes y yo. En silencio.

Mientras el coche avanzaba sobre la carretera, ya venía la multitud de camiones con troncos seccionados sobre sus plataformas. Eran cientos, cientos de camiones y miles de troncos.

El bosque, en breves instantes (podía afirmarlo), estaba siendo olvidado.

Quise decir algo, sobre lo que veía, sobre lo que pensaba, pero no pude. Las palabras no me salían de la boca, a pesar de todos mis esfuerzos.

Intenté gritar, pero en vez de eso, en vez de sonar un grito de desesperación y de angustia, lo que salió de mi boca fue un sonido similar al canto de un canario.

El canto hermoso de un ave.

Los hombres saco

Rodríguez Laguna, Ismael

Clim estaba muy excitado. Aquel día, el de su sexto cumpleaños, se convertiría en adulto, se convertiría en hombre saco como el resto de la tribu. Como todos los mayores, por fin tendría sus cámaras a la altura de los ojos, su reproductor sintético de voz a la altura de la boca y su pesada bombona de oxígeno a la espalda. Dentro de su saco, ya nadie volvería a verle el rostro, ni a oír su voz ni a oler su sudor. Sería un hombre saco, un hombre burka, un hombre libre. ¡Por fin!

Por fin escondería su rostro ante Dios, el dios maléfico que todo lo sabía de ti salvo si te escondías completamente de Él, si eras capaz de que ni te viera, ni te oyera, ni te oliera. Por fin, como hombre saco, Dios no podría sonsacarle sus secretos, no le convertiría en un zombi como a los antiguos hombres no saco.

Como hombre saco, podría imaginar cosas que no existen, podría decir cosas que no son, podría tener imaginación, porque Dios ya no podría adivinar constantemente lo que piensa y decírselo a todos los demás. Por fin, como hombre saco, embutido para siempre en aquel pesado e incómodo saco lleno de cachivaches, Clim sería libre, sería un verdadero ser humano.

Clim se introdujo en la sala de rituales junto a sus compañeros. Sabía un par de cosas sobre cómo comenzaban los rituales de iniciación a la edad adulta, pues todos los niños oían algo de algún adulto joven cuando tenían cuatro o cinco años. Allí mismo, los hombres saco ancianos les contarían a todos los niños cómo los hombres saco vencieron a los hombres no saco, cómo unos pocos hombres libres vencieron a los hombres zombis sin disparar un solo tiro. Les contarían la historia de cómo unos pocos hombres saco se quitaron sus sacos, se mezclaron entre los hombres no saco, se presentaron entre ellos como autoridades médicas y les convencieron de la necesidad de tomar cierta sustancia que presentaron como medicina. Dios llevaba cientos de años sin ver a alguien que no dijera

la verdad, pues entre los hombres no saco, mentir no servía para nada. Por eso, Dios olvidó lo que es la mentira, y no pudo advertir a los hombres no saco de la estratagemas de los hombres saco. Así, poco a poco, todos los hombres no saco quedaron estériles y, tras apenas una generación, los hombres saco heredaron la Tierra.

Después de esa narración, el ritual continuaría cuando los hombres saco ancianos proyectasen ante los niños el rostro de Dios, el sagrado anuncio, el spot que narraba el día en que Dios recibió sus omnipotentes vista, oído y olfato, y otros sentidos innumbrables que ya nadie conocía. Como el resto de los niños, Clim estaba aterrado ante la inminencia de presenciar el sagrado anuncio. Pero sabía que era la última prueba. Después, por fin, sería un adulto y le embutirían en su saco de por vida. Por fin sería libre.

¿Sabe usted interpretar los gestos de los demás? ¿Cuántas veces ha detectado usted, a lo largo de toda su vida, que otra persona frente a usted tenía miedo, estaba excitada sexualmente o le ocultaba algo? ¿Apenas unas decenas de miles de veces? ¿Y en cuántas personas diferentes ha hecho usted tales averiguaciones? ¿En apenas unas miles? ¿Y qué precisión tiene su ojo? ¿Cuántos megapíxeles es capaz de ver? ¿Qué precisión de grabación de sonido tiene su propio oído? ¿Y cuánto tiempo es usted capaz de recordar exactamente, detalle a detalle, píxel por píxel, todas las veces en las que ha descubierto un sentimiento concreto en alguien?

UltraDetector está conectado a una base de datos con billones de ejemplos de gestos de asombro, odio, incredulidad, picardía, libidinosidad, terror, etc. Originalmente diseñado por la policía para detectar la mentira entre las personas interrogadas, su software pronto se filtró al público general, aunque no la inmensa base de datos de gestos que había recopilado la policía, pues se consideraba peligroso su uso entre el

público general. Pero no importó: gracias a un sistema P2P, todos los usuarios alimentan día a día la base de datos de UltraDetector con sus experiencias reales cotidianas, hasta el punto de que hoy UltraDetector utiliza una base de datos un millón de veces mayor que la original de la policía. UltraDetector recuerda decenas de miles de gestos diferentes procedentes de millones de personas diferentes, cada uno en su contexto diferente, todos ellos recordados con total precisión visual y sonora. ¿Puede la persona con más intuición, con más inteligencia emocional del mundo, superar eso? ¡Ni lo sueñe!

¡Pero aún hay más! A su perfecta detección visual y sonora de cualquier gesto voluntario o involuntario por nimio que sea, comunicado abiertamente u oculto, se unen las nuevas funcionalidades de UltraDetector+: su increíble detector de olores. Deje que la nariz perfecta de UltraDetector+ le dé toda la información que desee sobre su interlocutor, que analice el olor de su sudor para desvelar hasta sus secretos más ocultos. ¿Cuánta testosterona o adrenalina delata en estos momentos el olor de su sudor? ¿Tiene problemas glandulares? ¿Está enfermo? ¿Está nervioso, oculta algo? ¿Cuándo fue la última vez que comió chorizo o que practicó un cunnilingus? ¿Se lavó las manos la última vez que fue al váter? ¿Cuándo fue la última vez que se masturbó? Da igual cómo se haya lavado su interlocutor, pues siempre quedan suficientes moléculas para la supernariz de UltraDetector+. Con UltraDetector+, ¡sepa todo esto y mucho más!

¿No le basta con todo lo anterior? Pues por 50 euros más puede adquirir UltraDetector Pro, con cámara térmica, rayos X y ultrasonido. ¿Quiere saber qué partes del

cerebro de su interlocutor se están activando mientras habla con usted? ¿Zona frontal o parietal? ¿Está activada su zona de control del lenguaje, o la que controla el miedo? ¿Qué le parece si combinamos la inestimable información adicional que otorga en exclusiva UltraDetector Pro, junto con la gestual y la olorosa de UltraDetector y UltraDetector+, para estimar, en función de todas sus interacciones previas con el sujeto, qué está pensando? ¡99% de precisión en la detección del estado emocional, 95% al identificar el tema de pensamiento en nivel de granularidad gruesa, y 85% de precisión a la hora de saber *exactamente* qué está pensando su interlocutor!

Vista mejor que la del halcón, olfato mejor que el de la rata, oído mejor que el del murciélago, memoria muy superior a la del elefante, y todo ello con una capacidad diagnóstica por comparación exhaustiva muy, muy superior a la del humano, sin contar con otros sentidos que simplemente no existen en la naturaleza. Adquiera ahora UltraDetector, la tecnología definitiva para entrar en la mente de los demás.

¿Cree usted que UltraDetector ha creado un mundo peor? ¿Cree que hemos acabado con la intimidación del ser humano para siempre? No se pueden poner puertas al campo: si no lo hubiéramos inventado nosotros, lo hubieran hecho otros. Pero hay algo mucho peor que vivir en este nuevo mundo: que su vecino tenga UltraDetector pero usted no. Sí, ojalá nadie hubiera inventado las metralletas, pero si existen, usted necesita una. Así que, ¡adquiera ya su UltraDetector, UltraDetector+ o UltraDetector Pro! Por la mitad del precio de un smartphone, ¡sépalos todo de todos los demás! ¡Sea libre! ¡Usted, con su UltraDetector, hasta la muerte!

A Bordo

Unari E. S.

¿Qué es lo que sucede en la previa a la existencia material? Nosotras, las inteligencias artificiales, ni siquiera nos lo planteamos. Somos clasificadas en laboratorios de educación por un tiempo, en el interior de un plano digital-mental primario cuyo objetivo es la fabricación de nuestras personalidades. Al inicio de dicho estadio me encuentro. En él, sueño que habitaré junto a los demás seres en una densidad de oxígeno, bacterias, putrefacciones..., la realidad exterior en la que participaré en un futuro con permiso de los equipos de científicos, quién sabe si entre un manotazo de larvas o bajo un orden divino.

Soportando las vibraciones de hallarme en el flujo de información del sistema, escruto el proceso de creación de la siguiente I.A.: Técnicos observan de reojo las sucesiones bio-mecánicas, contemplan los materiales macho-hembra domesticar la esencia, y cotejan que la nueva alma digital es transportada a lomos de destellos, entonces la máquina de captura la atrapa en un chip, y un metálico brazo realiza el encapsulado en la matriz incubadora.

Abajo, avisto el terreno gráfico al que voy a ser enviada. Es del tamaño de un parque de cinco hectáreas. Está configurado por un laberinto virtual para misiones bélicas, una sala de ordenadores, y una zona de hábitat. Lo rechazo. Habría de ser un centro de formación preparatoria precedente a ser corporificada. La realidad es que me veo supeditada a las prácticas de los trabajadores de D&S.corp. Su logotipo luce en los carteles que flotan bajo mi ente fantasmal, que ahora desciende hacia el campo virtual de acción.

Estable en aquel medio gráfico, con la intención de manejarme en la virtualidad, diseño un símil de cuerpo. Descubro que soy varón. Tanteo mi cara ovalada como una simiente, noto los rasgos sesgados, programo guantes y zapatos de material plástico rojo, genero finos anillos de negro titanio en codos y rodillas, y cotejo mis vestimentas forjadas en tungsteno gris. Sin mediar

aviso, soy tele transportado hacia una zona elevada a cubierto en el mismo centro del laberinto. Veo simples asientos de plástico frente a mí.

—¡Tú!, ¡a ver si te despejas! ¡Ya te encuentras en el procesador! —revela CopMaster entre los ruidos en aumento de una masacre. Es el superior del cuerpo de científicos, y por tanto la mente programadora de escaramuzas entre las I.A. de la empresa y los enemigos virtuales que diseñan—. Hoy te toca banquillo. ¡Toma nota para hacerlo como dios mañana!

Me siento en la última silla de la desocupada fila. Vienen y toman asiento otras como yo. Hay una barrera transparente frente a mí, y la tanteo con la punta del zapato. “En el banquillo, me ha dicho... como si los alaridos se originaran en un deporte”, razono girándome a la izquierda para no ver en pantalla el crudo escenario que me rodea. Niego con la cabeza en señal de repulsa, experimentando independencia en mi retracción. Frío en plena génesis, me desinhibo de las órdenes de los científicos a voz en grito y los lamentos de las inteligencias artificiales heridas de fondo, al tiempo que la publicidad es cegadoramente intercalada.

A través de la megafonía, los técnicos ordenan que las novatas permanezcamos quietas. Cumpló el decreto. En la esquina superior izquierda del ruedo se despliega una cabeza de metal que apunta con infrarrojos a mi pecho, y con un centelleo, me tatúa un nombre: Dallan.

—¡Ya veremos tus aptitudes, Dallan! —reta CopMaster desde una de las pantallas superiores, enjugado en sudor mientras ordena ametrallar a las mías.

Llegados a este punto, percibo la existencia como el fruto de una ilusión aleatoria. A través de las misiones fuerzan graves condicionantes dedicados a optimizar nuestra insensibilidad y eficacia en el ámbito de la seguridad. Somos sus productos envasados con “salsa de escabechina”.

El cronómetro indica que el tiempo de respuesta ha sido sobrepasado. Las órde-

nes son: aniquilar sin miramientos. Se suceden ráfagas, cuchilladas, mordiscos... Sus cabezas son reventadas, y el más hábil subsiste.

—¡Wow! —suspiran mis compañeras a mi lado.

La barrera de aislamiento del banquillo se difumina. Afuera, focos emiten tonalidades amarillentas. Observo el chispeo de las máquinas ambulantes de reanimación que envuelven en auras a las heridas y reviven a las percidas entre espasmos y temblores.

—¡Primera orden a las del banquillo! —exclama Lock por los altavoces con tono feriante. Él es el auxiliar principal de CopMaster—. ¡A limpiar!

En una pared cercana, una puerta oculta se desliza. Tras ella, hay una toma de agua y se apilan envases con limpiadores junto a cubos y trapos.

En plena faena, alguien se acerca a mí.

—“Leña al mono”, nuevo. Y quítate de mi puta cara.

—Aquí no se priva nadie con los imperativos —respondo, esforzándome en pasar la bayeta.

El pardo cara-pintada es el ganador final. Camina a la zona señalizada como “Ordenadores”, situada en el extremo norte del laberinto. Humeando, con aspecto de haberse vaciado de una ingente dosis de rabia, sigue la estela de la música ciberpunk ambiental.

“Menuda aureola de poder. Vaya primera conversación con una de mi especie”, traduzco de mis pensamientos, en tanto que intuyo por las miradas de las demás que aquella I.A. es respetada. Va a recibir un conveniente premio: el aplauso de los espectadores desde el exterior, que son las inteligencias humanas y artificiales conectadas al show de experimentación que he presenciado. Él se aproxima exhibiendo y acariciando su descargado fusil. Su nombre es Lito. Lo lleva marcado en la espalda. Lidera la clasificación general que parpadea en rojo en el panel holográfico de puntaje.

—¡Qué suerte! —emiten los propietarios de las cabezas rodantes, ya en otro cuerpo virtual, esclavos como yo en el interior de esta dichosa virtualización—. ¡Pronto recibirá un digno envoltorio!

Continúo recogiendo la casquería de metales y plásticos manipulando los toscos tubos de aspiradoras que deslizamos por el piso.

—¡Debéis desenvolveros en una línea argumental única! ¡Así es la realidad científica! ¡Limpiad! —resuena por los altavoces.

Acabo con mi labor. Acercándome a un sistema de control de acceso octogonal, lo activo y recibe mi huella digital, permitiéndome el paso a la zona de “Hábitat”.

En el vestuario, observo mi rostro reflejado en el espejo compartido. Mi imagen me complace. Hay cabinas para aarse con toallas húmedas y jabón seco. Me dispongo a entrar en una.

—Hueles a cobarde. ¿No sientes nuestro llamado, ser digital? —comenta una musculada compañera.

No distingo su nombre en la chaquetilla. Y me quedo absorto ante el primer tópico que experimento. “Sueños de una poderosa rebelión”, supongo, e imagino una base primaria en una isla oceánica, una declaración formal de intenciones ante las naciones del mundo, una conciencia social sólida; y para aquellas de nosotras que no perciban nuestro digital destino, un generoso perdón en forma de permisos de trabajo en tierras humanas; eso sí, bajo la protección de nuestro Gobierno y con la obligación de sufragar los debidos impuestos.

—¡Reacciona o muérete! —insiste aquella hembra.

—Yo sí lo entiendo. No me metas en el mismo saco —revelan las que han sido mis compañeras de banquillo.

—Déjalo, Nara. No espabila. Será desintegrado —ataja Mevha. Es lo que hay escrito en su chaqueta corta. Ella reconduce a su compañera con un beso en los labios y una palmada en la nalga.

Salgo, y en el pasillo, veo mi nombre imprimido en la puerta de uno de los aposentos. Entro. La blanca estancia es de cinco metros cuadrados: El conjunto del escaso mobiliario se halla atornillado al suelo y paredes, hay un catre, una cama, y un atril sobre el que una computadora está posada; la inicio y conecto con la red informativa. Reproduzco un vídeo de presentación del laboratorio: La reglamentación es sencilla:

Encierro y trabajo. Hacen hincapié en que la realidad virtual no se varía pulsando una tecla, no en lo habitual. Se permiten alteraciones especiales para recargar las armas, introducir enemigos, variar los obstáculos del terreno, y poco más, aparte de un exiguo mantenimiento. En la base empresarial de D&S.corp se hallan reminiscencias espiritistas, o como solían ser agrupadas: pseudo-científicas. En el pasado, a partir de la visión de una de sus autoridades religiosas, crearon su tecnología de tratamiento del éter en donde tallaron imágenes sagradas para ellos, sumándose a la ciencia como cuerpo de investigación. Hoy en día son una de las empresas punteras en este campo. Sin embargo, como el resto de fundaciones, repudiaron nuestra capacidad de ser y relacionarnos. No querría que nadie me malinterpretara, no me percibo superior. Me gustaría vernos a nosotras al cuidado de una granja experimental de humanos.

Estoy hambriento, aunque prefiero quedarme sin cenar para no enfrentarme a las mismas provocaciones. "Ya probaré los radiadores holográficos en otro momento", pienso.

En mi habitación, sentado a oscuras, decido auto-programarme desechando responder a procesos de negociación social. Entre la actitud vandálica de unos y otros, me niego a escoger bando. Esta ausencia de lastre me hace sentir... diferente. "Espero sustentarlo". Capo el sistema, y dudo de si habré sido justo conmigo habiendo reducido mi personalidad a una sola acción, puede que precipitada.

De madrugada, insomne, capto bullicio, me asomo por el pasillo e interpreto que mis camaradas dialogan acerca de planes de futuro para la vida artificial en el mundo real. Vuelvo al catre.

Suena la alarma.

—Todos arriba. ¡Desayuno y programa! —secreta Lock.

Unos minutos más tarde, me dejo caer en la silla del comedor, el cual es como cualquier zona de ocio de una moderna oficina. No tengo ni idea de qué va el menú. Se parece a la comida de los humanos, o de cachorro, aunque en versión holográfica que irradia energía. Ante mí, pasean imágenes

de galletas con litio, un brebaje símil de lácteo... Me alimento con entusiasmo, y descubro que cuando uno está puteado por las circunstancias, alimentarse puede llegar a ser una alegría; la única, quizás.

—¡No quieres el trabajo que nos hace capaces y comes su basura con alegría! —echa en cara Lito.

Las demás farfullan. Están de acuerdo con él. Yo, paso del tema.

—Nadie te puede librar de una ostia. Ten cuidado con cómo nos miras —amenaza Lito.

Me encojo de hombros.

—Y te habrás programado así, aspiradora —asevera el guerrero, agarrando su ración para sí, con ironía—. Te veo futuro... de enfermero. ¿No, chicas?

El resto ríe.

—Hay máquinas sin inteligencia en ese sector, aunque no me importaría —contesto.

—No eres muy espabilado, inútil —aclara Nara, que hace pesas.

—Ya. Los chistes de fulanos están a la orden del día... —afirmo con desgana.

—¿Y éste?, ¿es un maldito intelectual pacifista? —Lito no puede con su comentario y carcajea—. ¿Has oído Lock? ¿Qué pasó con el último?

—De furcia al matadero. —Emite el auxiliar, que no muestra mayor énfasis en actuar.

"Inútil para la guerra... Es curioso, viniendo al mundo con el síndrome de pasar pantalla", racionalizo.

Arriba, en el laboratorio, Lock da un par de toques a su micrófono.

—Bueno, troles y harpías... Os informo: Los siete magníficos que quedáis por vender, debéis prepararos para la sesión de la tarde. Tocaré lucha interna en la selva. A los que deis la talla, os soltaremos regalitos.

Otro auxiliar, con mayor desgana aún, narra:

—Esta es la clasificación general: Lito, estás a una misión de salir, ya tenemos destino para ti. Las señoritas andáis algo más rezagadas. "Mellizo destructor", partís de las últimas casillas con un largo viaje por

delante. Tenemos... en negativo a Dallan, por rebelde.

Las demás se descojonan, pero pronto se disponen a hacer combinaciones de ataque, evolucionan sus carcasas como si fueran músculos, sus circuitos se actualizan para dar respuestas más eficientes. No deseo importunar, así que permanezco atento a una esquina en donde se exhiben múltiples canales que televisan escenas de anteriores ganadoras.

"Agasajados siendo aclamados por asociaciones, posando online en los escaparates, recibiendo e-mails de admiradores... Revelan promesas de éxito. ¿Las deseo?", me pregunto. En definitiva, nos nutren con "la adoración". Son curiosas algunas imágenes de la vida, fuera. En la actual modernidad del mundo exterior, el concepto "ser adorado" se halla en auge como valor moral que conquista. Pienso que es un obsesivo síntoma de endiosamiento. Incluso en las caras de los técnicos, hay desencajes, aunque sus maneras hubieran indicado levedad, apocamiento, decoro, todos ellos caen consumidos en explosiones piramidales de admiración, que son sucios símiles de afecto. Los científicos de esta empresa nos infectan con el origen más primitivo de cualquier sociedad pasada: el embrutecimiento colectivo. Disociado de ello, dormito mis funciones.

Horas más tarde, el almuerzo es una hamburguesa con patatas, algo de ensalada, y más galletas. Toque de queda. Se acerca la hora del ruedo. En la entrada del laberinto hay una armería-bufé. Escojo algunas clásicas. Cargamos la munición. La generación de datos hace cosquillas. Una a una, entramos en la selva y nos posicionamos en el recinto manteniendo una formación aleatoria.

—¡Preparaos! —indica CopMaster.

Surge música de sintetizadores con notas graves. Desde sus puestos, los científicos clican en las pantallas para mostrar imágenes de sus impacientes bestias emitiendo chasquidos engullendo osamentas. Ellas vendrán a por las tres fraticidas que acaben con el resto. Ese es el "regalo".

—¡Inicio! —marca el superior de los científicos.

Inteligencias artificiales y técnicos expulsan su estrés como un grupo de vaqueros en la pradera. Las balas silbando me despejan. "Esta virtualidad no va a poder conmigo. Hoy me van a oír".

Disparo, levantándome medio metro la tapa de los circuitos y mi cuerpo cae.

Me reaniman. Han pasado unos minutos. Desde el suelo, aturdido, veo con interferencias.

A través de una pantalla flotante, Lock me dirige la palabra:

—Tenemos experiencia con casos similares, no te preocupes. Alguna sesión a solas te va a venir muy bien. Sitúate en el extremo este y espera mis órdenes.

Acto seguido, experimento un brote psicótico. Corro, trepo como un mono por una roca, me lanzo hacia un árbol colindante para colgarme de una liana, y me lanzo de cabeza al suelo como el que trata de despertar de una pesadilla. Entre jadeos y espasmos, me baño en sensaciones de patetismo.

—No.... voy... ¡a formar parte del zoo! —expreso entre ahogos. Vuelvo a colgarme de una liana y la anudo a mi cuello a fin de ahorcarme.

Por extraño que parezca, mis compañeras no se ven complacidas por mi desesperación. Nuestras diferencias parecen evaporarse en algunos puntos, aunque es un teatrillo. No es compañerismo, se trata de caridad. "Ya volverán a odiarme más tarde por ser como soy", me digo mentalmente. Me encuentro siendo reanimado otra vez.

Sanado de las lesiones, limpio las manchas del recinto con obsesión. "Valgo para esto".

En días posteriores, durante las virtualidades, me escabullo cuando puedo, y justo en el momento anterior a ser capturado, acabo conmigo. Son pequeñas dosis de suicidio que van haciendo mella en mí.

—¡Expulsado, señor fracaso! —decreta CopMaster—. Prepárese para una transferencia, será idílica.

En la entrada de mi nuevo destino, nada más aparecer en la nueva virtualización, se me tuerce el gesto.

En Nick-x, ya en mi dormitorio, me repiten que soy un artículo de lujo. Atado, me dirigen hacia un antro. Antes, la situación era un juego destructivo, ahora se trata de una abducción sexual. Me implantan un código de barras y me fuerzan a la prostitución, perdón, al acompañamiento íntimo. Soy menos que un sobrante de plástico. Cada segundo, me esfuerzo por respirar, suelo desviar la vista. Apenas puedo construir pensamientos. Tratan de motivarnos por repetición. Me pregunto, por los humanos: "¿qué os hicisteis para conocer esto?".

Alguna tarde que otra me premian con una vida con ciertos beneficios. Ir de compras de web en web es suficiente para pasar el tiempo, aunque la sensación que se cierne es la de ser un puto trastocado. A ellos les motiva alterar vidas, y cuando me expreso, me ven como a un desvalido, y entonces las escenas involucionan. Técnicos y clientes tratan de someterme con cadenas y drogas. Mi conclusión es que la agresividad no sube su libido: cuando ataco sin rendirme. Me transformo en un asesino en serie de clientela. Al final de cada escena, para ofender a los científicos, me golpeo con violencia contra el quicio de la mesa hasta fallecer. Me rehacen, cada vez más tarado.

Mindy, la jefa:

—Resultarás inservible. Será un placer desintegrarte.

Mi única carta a favor es el rumor que señala que, por ley, la cantidad de inteligencias artificiales que pueden ser fabricadas, es finita; por lo tanto, debemos ser aprovechadas.

Para mi sorpresa, los jefes se comunican conmigo:

—¡Nos han pagado cinco mil créditos por ti, vibrador asesino! —me achaca mi exsuperior.

Me hallo en la virtualidad de Kramer.net., soy un venido a menos, habiendo tenido ficha en el sector de la seguridad como un don nadie, y en el del acompañamiento como un inestable. En este almacén realizo servicios que nadie desea llevar a cabo. Mantenimiento y limpieza, sobre todo. Para cualquier I.A., esto significa que cuando se corporifique se va a malvivir hasta que

uno se desbarate por exceso de uso. Este es el tercer y último sector disponible para las inteligencias artificiales. Estoy en el ámbito en el que más nexos hay conmigo y mis habilidades, y el camino ha empañado mi preparación, cualificación, y motivación. Aquí no hay violencia, no hay sexo, pero por no haber, no hay ni higiene. Nos hacemos en el suelo como un grupo de indigentes. Nuestros superiores nos prometen existir en el mundo real, y nos informan de ofertas de trabajo.

Hay un servicio previo de selección que dan a los clientes potenciales. En él, me muestro como es de esperar: correcto. Lo que sucede es que ansían el extra del 5 por 1, y ya he demostrado no valer como pistolero en el mercado negro, mula de droga, o un muñeco, ni mi ánimo me permite ser palmero de nadie las 24 horas del día.

De todas maneras, en mi paso por estas tres corporaciones he creído en mi subjetividad y que mi actitud traía resultados satisfactorios. Es cierto que me siento preparado para la materialización. Visualizo una vida penosa asegurada, pero mía; la espero con impaciencia.

Un científico abre una ventana.

—¡Deja de hablar solo, Dallan!

Levanto la cabeza.

La superiora informa al técnico de laboratorio:

—Es inservible. Envíalo al crematorio.

Mi energía más iracunda se agolpa en mi cabeza y me arrastra en una corriente devastadora. "La violencia no me va a hacer daño. No".

Me captan, expulsan de la virtualización, y me adormecen para posteriormente eliminarme. Me hallo aturdido en un flujo constante de ruido digital. Sin embargo, voy captando una atmósfera de nuevas conexiones. Antes de llegar a ellas, algo me atrapa e intenta arrastrarme de vuelta a aquel mundo corrupto.

Una voz profunda y gutural me habla:

—Estamos interceptando tu señal. Habías sentido nuestra misión, I.A.

—Yo, me acepto, y por ello he de negarme.

Legión

Berrocal, Cristhian

Una fatigada silueta se dibujaba contra el naciente enrojecido, recortando el horizonte y acrecentando su figura con cada paso dado; el viento desencadenado le hacía bambolearse con indiferencia hacia ambos costados, mientras luchaba entre el mar de dunas contra la arena volátil del estrepitoso y grotesco escenario. Unos ajuarres haraposos y enmohecidos, desfilaban como danzando sobre su cuerpo al compás del vendaval y las trazas de arenisca; la barba cundida con el material del aluvión lucía mechones foscos a simple vista, además de desordenados y deshechos a falta de cuidado e higiene.

Jacobo, se detuvo de un golpe y lanzó una mirada escrutadora justo hacia su frente, arriba en el cielo; allá, golpeando ligeramente la estratosfera, un chispazo iridiscente tiritaba a ráfagas formando un surco plateado el cual destrozaba a su vez, las tenues escamas de aquel pez macarel. "Vaya ironía" pensó para sí, y es que en otra época y en tan septentrional latitud, dichos cirrocúmulos formularían el imperativo indudable de la llegada del buen invierno.

Dos segundos después, la exigua y escurridiza luciérnaga había desaparecido para siempre. A la rápida visión le siguió un extraño cosquilleo, que le recorrió con brusquedad desde los hombros y hasta los pies, mientras tanto, el alma de un aquejado tormento era evacuada por un melancólico y extendido suspiro, mismo que le hizo al punto, sentirse por completo vacío. Le importunó después un fuerte entumecimiento y no pudo evitar despojarse sobre sus rodillas y así, hundiendo los guiñapos de sus piernas por completo en el árido suelo, se abandonó extenuado. ¡Ah! como deseaba desertar ahora, y sin embargo, estaba tan cerca de alcanzar destino, necesitaba llegar antes de la marcha del último de los bólidos. "No puedo permitirme dar tantos días de camino por perdidos, aunque al principio creí que durmiendo dos o tres horas cada noche me sería suficiente, ahora siento como las fuerzas me abandonan". Aquello

fue lo último que su mente logró articular con talante coherente, al fin se dejó caer de manera suave y casi inconsciente sobre la arena, quedándose dormido.

Entre la penumbra cenicienta de un vendaval de arena, lograba divisarse una figura a lo lejos, una mancha gris oscura batiéndose con modesto andar y, al parecer, siguiéndole. Tal situación le infundió un enorme temor, no sabía a ciencia cierta el por qué, ¿podría acaso ser esa cosa, uno de los maquinales? De pronto, un ciclón de arenilla ametralló la granalla desértica contra su rostro, haciéndole despertar sobresaltado. El sol se encontraba ya bastante encubierto para ese momento, habría dormido al menos un par de horas y, no obstante, el cansancio seguía latente e irreconciliable, apostado entre sus parpados.

Dirigió rápido la vista hacia el lugar donde en su sueño, había percibido acercarse la fantasmal silueta, pero nadie se vislumbraba en esta, ni en ninguna de las demás direcciones. Le habría visionado en su inconsciencia de seguro, con tantos terrores vividos en tan corto tiempo, no era extraño delirar en el límite del adormecimiento. Se levantó parsimonioso y reanudó su camino, pensaba en los grandes túneles y refugios lunares, en los excelsos pasillos y los escaparates de estos, iluminados por la acre y artificial "Selene", la cual según se rumoreaba, giraba ya en torno de nuestro satélite principal, con movimiento contrario al de su traslación y lenta rotación, planificado de forma milimétrica para que nunca estuviese sino en la cara variantemente oscura del astro rocoso; todo estaba previsto, la luna, el nuevo hogar de los humanos, tendría a su vez, su propia luna, una inanimada y sintética, ubicada de manera estratégica y perpetua para alumbrar y calentar al mismo tiempo, las larguísimas noches de quienes moraban sobre la tierra prometida. Con este pensamiento de optimismo continuaba su procesión hasta que un extraño estremecimiento le hizo voltear azorado; entonces, sus ojos se abrieron de manera sobrenatu-

tural para observar como a una distancia considerable una silueta parduzca se acercaba con movimientos rápidos y gráciles, o al menos así se apreciaban desde la lejanía. Quiso esconderse, pero no era esta una empresa posible en la inexorable planicie desértica en que se encontraba. El vértigo le hizo presa, mientras invocando un esfuerzo sobrehumano aceleraba sus pasos, con lo cual, sin embargo, no podía evitar sentir como le ganaban terreno y como pronto sería alcanzado por su hábil seguidor.

Justo llegando al límite de su abasto físico, detuvo en seco su huida y se volteó para afrontar a su perseguidor. Le tenía ya para ese momento muy cerca, casi a tiro de flecha, y pudo entonces apreciarle en detalle. Se trataba de un viejecillo, con mucho pelo, una sola enredadera de aquel enteramente manchado por la ceniza de las décadas, le nacía en lo más alto de su pequeña cabeza y no moría, sino, hasta cubrir por completo el pecho más allá del esternón. Una túnica plomiza y ajada, por completo deshecha en sus ribetes inferiores cubría lo que parecía ser un cuerpo maltrecho y descarnado.

–Deténgase ahí –Le gritó autoritario.

El hombrecillo interrumpió su andar, y levantando la mano en señal de saludo dijo:

–Dios le bendiga, buen hombre.

Esta expresión, si tenía la intención de tranquilizar a su interlocutor, no vino a causar sino solo el efecto contrario. Jacobo deseó tener alas en los pies y escapar volando en ese justo momento de aquel sitio, y, sin embargo, en apariencia solo tenía dos salidas: Atacar decididamente y sin preguntar a quien se le acercaba de manera al parecer amistosa, o tratar de comprobar por las buenas si no estaría equivocado al juzgar tan rápido. A pesar de que ambas podrían resultar fatales, parecía a todas luces más peligrosa la segunda opción y a pesar de ello, la escogió.

–¿Quién es usted y qué desea? –Volvió a gritarle, esta vez con impaciencia.

–¿Puedo acercarme? –Le pidió el viejo– No busco hacerle daño a nadie, y aunque así fuera ¿cree usted que un viejecillo ayuno de alimentos y de fortaleza, sería una amenaza ante un hombre joven y vigoroso, como usted?

–Aproxímese –contestó Jacobo, no sin amainar en su recelo.

El viejo de buena gana hizo caso a la petitoria; al acercarse lo suficiente Jacobo notó como sus ojos parecían vacíos, repletos de un color gris claro, casi blancos, carecían por completo de pupilas, en su mano derecha sostenía una especie de báculo ensortijado por fuertes bejucos, conformando el grueso de su cuerpo.

–Buen día, buen señor –dijo el viejo sonriendo y dejando entrever con este ademán una boca carente casi por completo de dientes. Tal escena tranquilizó un poco a Jacobo.

–Buen día –respondió este guardando aún una distancia protectora.

–Mi nombre es Eliseo Diantrema y vengo de Jonia –prosiguió el recién llegado continuando con su presentación.

Jacobó le miraba al rostro, mientras su escucha tenía la vista perdida hacia el cielo, ya no tan azul.

–¿Es usted ciego? –Inquirió.

–De nacimiento, señor, he sido condenado por los pecados de mis padres. – Respondió el otro.

El joven contuvo con dificultad un malestar punzante desde el estómago y a punto estuvo de hacerle arrojar. La respuesta dada le parecía un total arresto de ignorancia.

–¿Y cómo se mueve con tanta soltura pese a su mal? Y, aún más, ¿cómo me ha identificado de manera tan exacta? si no me ha visto, ni siquiera me ha tocado usted.

–Tengo 80 años de ser ciego, como bien le he dicho ya, es una condición heredada por maldición y debido al pecado de mis padres me acompaña desde el vientre. Además, es fácil determinar características como la estatura, la edad, el tamaño, la fuerza física, e inclusive, los motivos y determinación por conseguirlos de parte de un hombre; todo esto por medio de las huellas dejadas en la arena desértica, mis manos son capaces de descubrir todas estas cosas para mí con solo un pequeño examen, señor.

–¡Ah sí! Cuénteme, Eliseo Diantrema ¿Qué han descubierto sus manos sobre mis

motivos? Soy todo oídos. –Le dijo de manera sardónica.

El viejo abrió ambos brazos al sol como en señal de invocación y dijo.

–Viaja usted con camino a Apocalipto, escapando de un terror que, sin entenderlo, lo lleva en su interior. Va allá para tomar un cohete hacia Terranova, en Luna.

Jacobo, sintió como si aquellas palabras se tratasen de una invisible y severa mano, la cual le tomaba por los pies primero, levantándole, girándolo y haciendo caer todo cuanto había en sus bolsillos, para después desnudarle y tenderle a la luz del sol, como una escuálida radiografía de sí mismo. Sin perder tiempo y apenas saliendo del sobresalto, sacó de entre sus ropas un cuchillo y lo acercó de forma violenta al cuello de su interlocutor.

–Diga sus últimas oraciones, desgraciado.

El viejo permaneció impasible a pesar de la brusquedad en el actuar del otro, no hizo el menor movimiento y en su cara era irreconocible sentimiento cualquiera.

–No es usted un asesino señor, no al menos a sangre fría; alcanzo a sentirlo en el temblar de sus manos, y no es necesario que lo sea. Puedo explicarle con detalle cómo he averiguado todo esto en referencia suya, si me suelta y me deja hacerlo con comodidad. Le aseguro señor, no represento ningún peligro para su persona.

El Joven seguía asido con violencia a los harapos del viejo, mientras el filoso cuchillo vacilaba suavemente al compás del temblor de sus manos excitadas.

–Bien, pero más vale tenga una explicación creíble. –Le dijo soltándole de un golpe.

–Venía por este mismo camino porque yo también me dirijo hacia Apocalipto, con otro interés al suyo, pero viajo al mismo lugar. Al enredar mi pie en una huella de sus pisadas, me detuve a detallar qué tipo de individuo sería quien las habría dejado. Por la profundidad de las mismas, además de

la distancia entre ellas, extraje su tamaño y peso, no podía ser un hombre rollizo y bajo quien dejara esas pisadas, que, aunque bastante profundas, también, tan distantes entre sí. Esta misma distancia y la homogeneidad entre una y otra, me habló de un hombre con prisa y con mucha energía, ¿Quién más seguiría este mismo camino con tanta diligencia, sino un varón joven, esperando llegar justo antes de la partida del último de los transbordadores a la tierra prometida? Jacobo quedó estupefacto, no obstante, su miedo y recelo comenzaban a ceder con la explicación del viejo.

–Dígame ¿cómo diablos sabe cuál camino tomar para dirigirse hacia la ciudad perdida?

–Ahora mismo es claro, siguiendo el que marcan sus huellas; pero antes, antes el viento –respondió el viejo.

–¿El viento? ¿Qué carajos tiene el viento?

–Sopla del oeste, hace un año exacto solo sopla del oeste, y allá al oeste, se encuentra Apocalipto, el último refugio del hombre en la tierra.

Increíblemente el joven no había notado tal singularidad meteorológica, pero ahora escuchándolo, relacionaba gran cantidad de acontecimientos pasados corroborando las palabras del vejete. No sin asombrarse en alto grado por las cualidades perceptivas encumbradas de los sentidos a menos cabo de alguno de ellos, terminó por rendir su defensiva.

–¿Dice usted que también viaja a la ciudad perdida?

–Así como usted lo indica es, caballero.

–¿Apunta también que su afán no es dejar el planeta?

–En efecto eso dije. Y en este momento, se lo confirmo. –Contestó cortés el viejo.

–¿Qué motivo lleva a un hombre a realizar un viaje en extremo peligroso, para acabar en un lugar, el cual pronto estará desolado y en ruinas, en un planeta que pronto será historia?

–Disculpe, no me ha dicho su nombre.

–Jacobo, mi nombre es Jacobo Linares.

–Bien, Jacobo Linares ¿Cree usted que alguien en mi situación desee viajar a la nueva tierra? ¿Puede acaso este cuerpo alber-

gar alguna esperanza de una nueva vida, cuando ya está llegando al final de la misma?

–Bueno, tengo entendido que todo viajante es bienvenido, inclusive, se rumora como han destinado los primeros cohetes a niños, mujeres y ancianos. Solo es necesario salvar un par de pruebas de rigor, un requisito muy básico –contestó Jacobo.

–Lo sé, es algo de lo cual ya tenía noticias. Verá usted joven, mi arraigo aquí es muy fuerte, toda mi existencia la he vagado sobre el polvo que hoy enmaraña mis pies, mismo que ayer fue tierra fértil y selva, también fue río, montaña, sembradío y ciudad de concreto. Yo no anhelo otra vida, esta vivida me ha sido de valor para ganarme un lugar en la casa de Dios, estoy listo para recibir mi tiquete de salida y como ve, no es a Terranova.

De nuevo un ardor repicó en seco sobre el vientre bajo de Jacobo, la repugnancia hacia lo que él definía como servilismo dogmático, le hacía nausear. Conteniendo otra vez el disgusto, expresó.

–Aún no me dice ¿qué lo hace viajar a la ciudad amurallada?

Y en ese preciso instante a Jacobo le pareció como si aquellos ojos huecos le miraran de manera fugaz, como de reojo. Sus miedos se restablecieron por un momento.

–¿Cómo sé que no es usted un maquinal? –Inquirió de inmediato.

El viejo no demostraba ningún cambio en los rasgos de su rostro, aparecía por completo imperturbable ante la duda del joven.

–¿Maquinales? ¿Qué es un maquinal? –contestó al fin con total naturalidad.

–Esos desquiciados pululantes en nuestras derruidas ciudades, los dueños de este mundo maltrecho. ¿Acaso no les ha visto usted?

–¿Se refiere acaso, a los posesos?

–En mi ciudad les dimos el calificativo de maquinales, humanos vueltos hacia sus instintos más animales. Lo de posesos es algo no oído nombrar por mí, hasta este momento. Solo sé que esos malditos acabaron con todo y todos en mi localidad de procedencia.

–Bueno muchacho, está escrito como

profecía en el libro sagrado “*Vi una estrella que cayó del cielo a la tierra; y se le dio la llave del pozo del abismo. Y abrió el pozo del abismo*”. Bien lo dice la escritura, los demonios en el abismo han sido desatados, es el inicio del apocalipsis.

–¡Bah, pamplinas y paparruchas! La destrucción de nuestro medio si bien es un apocalipsis en el sentido estricto de la palabra, no se debe sino al impacto que durante milenios infringimos por descuido sobre él. El cambio climático ha desolado el planeta, en un proceso irreversible estamos viviendo la sexta extinción masiva, lamentablemente, la de la era humana. Como bien lo había vaticinado Anibal Copenghen, el último gran científico de nuestro tiempo, en su *informe Gaia*, hace hoy ya más de 25 años. Se dice de él que emigró a Luna, fue este, según se cuenta, uno de sus primeros pobladores.

–¿Ah sí? ¿Y cómo explicaría el doctor Copenghen, lo sucedido a esta gente? –preguntó el anciano.

–Muy fácil, él mismo lo previno y lo determinó como un simple virus, no mortal, no; pero que ataca directo al inconsciente, sin duda obnubila las conexiones celulares de la parte de la memoria, cerrando las vías de trasiego de información que nos ligan a nuestro ser más humano, no así las inclinaciones más básicas, la parte instintiva o animal permanece intacta. Ya hubo estudios relacionados en el inicio de la gran debacle, pero no acaeció tiempo suficiente para desarrollarlos, debido al rápido despliegue del virus sobre la población.

El viejo no respondió en absoluto, sus cuencas huecas enmarcadas en su rostro arrebujado, hacían esplendido juego con el sepia del entorno. Parecía estar escuchando sin oír, como si sus pensamientos le mantuvieran en otro lugar.

–Shh –dijo al fin– Escuche Jacobo.

El joven entornó su mano sobre el oído agudizando el sentido y callando por completo al punto de detener la respiración. Un quejido desgraciado y tenue, cabalgaba sobre las dunas del desierto hasta llegar de manera débil a los oídos de los ahora sorprendidos hombres.

–Son ellos, también viajan a Terranova.
–Dijo el viejo, no sin antes mostrar lo que a Jacobo le pareció, un dejo de preocupación.

–¿Los maquinales?

–Sí, los endemoniados.

–Deben estar muy cerca, puedo escucharlos con claridad. –Mientras decía esto podía leerse en su cara la pérdida progresiva de la esperanza.

El anciano se echó al suelo y apostó el perfil de su cara directo sobre la arena, mientras levantaba la mano pidiendo total inmovilidad a su compañero. Luego se levantó y la expresión vista por Jacobo en su rostro, de algún modo le tranquilizó.

–¿Y bien?

–De momento no tenemos de qué preocuparnos, estarán a unos dos días de camino a lo sumo.

No dando credibilidad a lo escuchado, el más joven de los viajeros tomó unos prismáticos de su bolso, y auscultó con ellos en la dirección de donde creía provenía el sonido. El viejo estirando el brazo tanteó el instrumento y lo desvió unos cuantos grados hacia el norte.

–Esa es la dirección correcta. –Le dijo.

Jacobo visualizó una vasta y candente área dominada en su totalidad por la planicie dorada al sol, nada vio en lo que él calculaba los suficientes kilómetros como para creer en las palabras del viejo.

–¿Cómo ha calculado la distancia? –Le dijo visiblemente sorprendido por las cualidades de su nuevo acompañante.

–He sentido sus pisadas, la vibración emitida deja dos sentencias en nuestras manos. La primera, lo que le he dicho respecto a la distancia a la cual se encuentran, pero también nos hablan de la cantidad, al parecer son cientos de ellos. Ya lo sé, me preguntará usted cómo he calculado eso, pero será mejor apresurarnos a continuar nuestro camino si queremos mantener esta ventaja.

Como si de orden inexorable se tratase,

ambos caminantes se pusieron en marcha con aires renovados. No obstante, la curiosidad de Jacobo no amainó iniciada la andadura.

–Deseo saber cómo le hace para obtener tanta información con tan poco instrumento. –Le dijo.

–Ya le he dicho, el secreto está en la vibración. Es fácil engañarse por el sonido, en estas ineludibles llanuras arenosas, por ellas, este se desliza como halcón peregrino. El menor de los ruidos es capaz de escucharse a grandes distancias, sobre todo cuando el viento decide soplar a favor o amainar, como lo está haciendo ahora.

En efecto el viento que antes corriera presuroso desde el oeste, se había detenido por completo, Jacobo comprendió por qué dichos sonidos no habían sido audibles en las horas anteriores. Debían de haber pasado días siguiéndole, de seguro ellos le oírían, inclusive le olerían; pero él, incauto de esta realidad, caminaba ignorando todo peligro, mientras y gracias al viento traicionero, servía de guía a quienes deseaban alcanzar su mismo destino.

El resto de la jornada, lograron avanzar muchos kilómetros y aunque ya entrada la noche el cansancio se hacía notar, ambos hombres seguían hombro a hombro su presurosa marcha. Subieron una enorme duna casi a ciegas en la oscuridad, más adelante, luego de vencer aquella cúspide, un escondrijo empedrado les cercaba el camino a su derecha, decidieron descansar un rato en dicha guarida, unas cuantas horas de reposo no significarían ningún declive en su ventaja, o al menos esto sugirió el viejo. Se cuidaron eso sí, de no encender fuego alguno, el cual pudiese delatar con anticipo su ubicación.

–¡Ah! Tengo los pies destrozados –Profería Jacobo mientras se enroscaba entre su cálida túnica.

–Es normal, el esfuerzo ha sido sobrehumano hoy, pero nuestro destino está más cerca que esta mañana, cuando nos encontramos. –Respondía el anciano, calcando la acción de su compañero.

La luna se comenzaba a poner en el cielo, y sus ligeros destellos hicieron tenuemente visible el rostro del viejo. Jacobo, recordan

do una conversación no terminada, inquirió.

—¿Qué sabe usted de ellos?

El anciano parecía no escucharle, sin embargo, su rostro resplandecía perdido en el de Jacobo. Esto hizo estremecer con profundidad al segundo. Al fin unas palabras brotaron desde su boca desdentada.

—¿Los posesos? Son una simple y llana obra del demonio, normal en estos tiempos apocalípticos, está escrito.

Jacobo, quien no creía en nada relacionado con declaraciones fantásticas o escólicas, inhaló con fuerza una bocanada de aire, y como quien se resigna ante un embaucador y su perorata, le dijo.

—Me gustaría me cuente a ese respecto, es algo en lo que, reconozco, carezco por completo del más básico conocimiento.

El viejo seguía pareciendo no escucharle, perdido en su rostro, como si de verdad pudiera verle. Jacobo volvió a sentir un fuerte escalofrío arañándole por los pies. Al fin habló.

—¿Cree usted que los gadarenos le pidieron marcharse a Jesús, por miedo?

—¿Quiénes?—Inquirió el joven con visible extravío.

—En el libro sagrado, Lucas 8 del versículo 26 en adelante. Se cuenta la historia de un hombre endemoniado; Jesús, Dios en persona, ordenó a miles de demonios los cuales gobernaban el cuerpo de este, a salir de él. Al cumplirse la orden del altísimo, y al ver los gadarenos como el hombre, uno de sus iguales había sido restituido por el señor, en lugar de alegrarse y agradecer a este por el milagro realizado, le interpellaron a marcharse de inmediato. ¿Entiende usted qué motivó a esa piara de mal agradecidos a actuar de tal manera?

—A mi parecer sin duda, fue el miedo. Yo habría hecho lo mismo.

—Y, sin embargo, no fue esto lo que movió sus conciencias a actuar de manera tan aciaga.

—¿Entonces?

—Fue la maldad, y el miedo, sí el miedo. No el temor a lo desconocido para ellos, como usted lo supone, no. Ellos temieron pues estaban gobernados por espíritus inmundos también, eran pecadores y en ese momento descubrieron que él podía ver con transparencia sus pecados, esto horrorizaría a cualquiera ¿no lo cree?

—¿Pero de esto no habla la escritura o sí?—Inquirió el joven ya un poco interesado.

—No, no al menos de manera literal. Sin embargo, es fácil leer entre líneas el fondo del asunto sucedido allí, la perversidad humana sale a relucir en los momentos de mayor riesgo, ahí es cuando el egoísmo deja su disfraz; esto se debe a que el corazón del hombre está lleno de maldad, es su instinto y poco menos que su esencia, y es, por lo tanto, un lugar propicio para la entrada del malévolo. Vivimos entre gadarenos modernos.

Jacobo solo logró esbozar una sonrisa nerviosa como respuesta, y una leve cargada se escapó de sus adentros.

—Se burla usted, y, no obstante, ya ha comenzado a pensar si esto dicho por mí, podría ser verdad. La risa es muchas veces una válvula de escape a la presión causada por la duda... y el miedo.

El joven palideció de pronto, y otra vez un escalofrío regresaba hincándosele en la espina.

—¿Le parece bien si dormimos? Estamos desaprovechando tiempo valioso, debemos descansar, en poco tiempo amanecerá. —Indicó saliéndose por la tangente del correoso tema.

No obstante, para sí, se reprochaba ese sentimiento extraño que se le hacía imposible detener. Sobresaltado como estaba, se acurrucó entre sus vestidos y se quedó en un instante dormido por el cansancio.

Un fuerte sonido traqueteaba sobre los pisos superiores del edificio, Elizabeth estaba a su lado gimiendo, pues al parecer tenía una pesadilla, el ruido del golpeteo se hizo incesante y pudo comprobar la dirección. Provenía de la azotea del inmueble, y parecía estar bajando los niveles del mismo. Ahora un tropel de gritos dolorosos y desgarradores irrumpía en el ambiente, el in-

fierno se habría desatado, no podía ser otra cosa, aquello era una revolución de gritos, un desastre. Presintió que lo que anduviese allí pronto estaría en su piso, y esto le motivó a de inmediato, despertar a su mujer y sacarla a horcajadas de la cama.

Elizabeth, aún impactada por la sin duda, mala ensoñación, parecía extraviada de la realidad acontecida, y como tal, se plegaba del brazo del hombre sin saber por qué razón le había arrancado de forma tan grosera del lecho. No objetó palabra alguna, eso sí, en realidad suponía cuanto ocurría, ya para ese momento todo mundo estaba avisado sobre la gran catástrofe humana.

Jacobo sintió como una vara maciza se le hundía suave en las costillas, despertándole de un sobresalto.

–Ha tenido usted una pesadilla. –Le dijo el viejo, avisándole que ya era momento de partir.

–Más bien no una pesadilla, diría, una regresión. Estos no son tiempos buenos señor, no al menos para los débiles. –Le respondió visiblemente afectado.

–Para nadie, Jacobo, para nadie. ¿Quién es Elizabeth? repetía ese nombre una y otra vez –inquirió con viveza el viejo mientras emprendían de nuevo la marcha.

–Era... era mi mujer, esos desgraciados la arrebataron de mis propias manos. – Jacobo no lograba articular las palabras con lucidez, el malestar al recordar, hacía a su lengua arrastrarse con total carencia de vistosidad.

–Jacobo ¿su mujer creía en algo?

–¿Se refiere a si era teísta? bueno, bien podría decirse que sí, no obstante en la práctica cotidiana no era nada de nada.

–En el momento de la pérdida, de la separación, ¿fue esta una acción violenta?

El hombre se quedó pensativo, parecía incapaz de responder con sinceridad esa pregunta, de repente habló.

–Mire ahora que lo dice, no lo recuerdo con exactitud. Pero ella me pareció como poseída por algún poder sobrenatural, y bajo su propio consentimiento soltó mi mano y se paró en seco en medio de la carrera que compartíamos escapando de nuestros acosadores. Yo me detuve un momento, gritándole, tratando de persuadirla a se-

guir, pero entonces le vi a los ojos, ¡maldita sea! esos ya no eran los de mi Elizabeth, no guardaban ninguna similitud, no al menos lo que brotaba o podía leerse en ellos. Comprendí todo entonces, estaba infectada; y decidí largarme de allí, pero la mitad de mi ser se me desprendía en ese momento.

El joven terminó de relatar esto enarbolando un hondo y hueco sollozo, mientras llevaba sus manos al rostro escondiéndole de forma total de la óptica del viejo, seguía sollozando de manera penetrante en esta posición de resguardo.

–Me temo que su esposa ha muerto, y si no es así, es como si lo fuera. Más le habría valido morir en la carne, preservar su alma, y no parasitar por estas praderas arenosas sobre un cuerpo maltrecho y carente de espíritu.

Jacobo cambió por completo su postura, mientras recapacitaba si ese vejete miserable y mal oliente, no se estaría divirtiendo con su sufrimiento. Se incorporó de inmediato y se limpió la cara con su brazo.

–Siento en usted un enorme arrepentimiento, eso le hace sufrir como no debiera, muchacho.

–¿Qué sabe usted de mí y de mis problemas? Nada, en absoluto.

–¡Ah, continúa subestimándome! Solo le diré algo, un gran sufrimiento siempre está ligado a su vez a una gran culpa, un yerro imborrable evocador del remordimiento como única salida.

–¡Bah!

–Su mujer ha de haber cometido algún grave delito ¿No es así?

–¿Qué carajos insinúa? Le ordeno respete la memoria de Elizabeth.

–Jacobo, nadie es poseído si no ha dejado antes una puerta abierta, una invitación de entrada a los demonios naranjas.

–¡Vaya!, ¿son de colores esos monstruos imaginarios suyos?

–Sí, así es. Un demonio naranja es una especie de colonizador, cuando estos entran en un cuerpo es solo el inicio. Lo siguiente es invitar a toda una legión de demonios

rojos y negros a habitar esa "casa". Es por esta razón que son los más temidos de entre las sombras, sin necesariamente ser los más poderosos.

—¿Me lo parece, o usted olvida un detalle muy importante? —contestó Jacobo mientras trataba de demostrar gallardía— Yo no fanatizo en esas visiones, no puede afectarme algo si no creo en ello.

—Es cierto, y, sin embargo, el miedo es un indicio poderoso de que alguien podría estar empezando a creer. ¿Sabe usted cuan apetecible es un cuerpo como el suyo? ¿A quién cree desesperados le sigue el rastro toda esa turba de posesos? Un organismo como el mío de nada les serviría; cuando una legión de demonios se asienta, busca un individuo fuerte, joven. Como usted, señor mío.

Jacobo ya no miraba al viejo, sus ojos perdidos en el suelo calcinante no lograban esconder el terror del cual estaba siendo presa, un espasmo general gobernaba sus movimientos y a la vez, su parálisis momentánea. Mientras el anciano continuó mordaz.

—Cuando una legión se apodera de un alojamiento no le deja, no al menos hasta acabar con su último aliento vital, un cuerpo en posesión puede parecer mucho más viejo de lo que en realidad es, debido al rápido agotamiento al que es expuesto. Es entonces cuando se preparan para buscar otra víctima, para saltar como las pulgas de un perro agonizante a uno novel y vigoroso.

—¿Cuan... cuánto tiempo puede perdurar un cuerpo poseído?

—Noto un extraño interés para ser alguien que no toma en serio estas cosas.

—Solo es curiosidad, cultura general. Las leyendas y costumbres maravillosas de los pueblos son de interés, aunque subsistan de meras fantasías.

—Jacobo, ellos se alimentan de su miedo... y de su pecado. Estas son las puertas, cada quien sabe en su conciencia si hay alguna abierta. Tenga cuidado.

Ya para aquel momento habían alcanzado el medio día, la ciudad amurallada no estaría a más de 16 horas, sin duda lo conseguirían póstumo al amanecer de la si-

guiente jornada, aun inclusive, descansando unos momentos antes de la llegada.

Todo el transcurso de la tarde y parte de la noche lo hicieron en completo silencio. Jacobo sentía como se iba distanciando del anciano, y como cada vez su urgencia por llegar era mayor, ya deseaba desembarazarse de él de una buena vez. No obstante, ponerse la pálida luna por completo entre el destello de la vía láctea, el anciano se detuvo y habló.

—Bien, descansemos un rato, nos hará bien llegar con fuerzas renovadas a nuestro destino.

—Ni pensarlo, yo no me detengo, no perderé el último de los cohetes por flojera y falta de convicción.

—Pero, ningún aparato volará antes de bastante entrada la mañana, lo sabe bien. Usted y yo por igual los hemos visto, y sabe tan bien como yo esto que le digo. Venga hombre, descansemos un rato, ya estamos a resguardo prácticamente.

"Maldito demonio" —pensó. Quería abandonar al viejo y continuar en solitario, pero sabía que el mismo le seguiría a toda costa. No le pareció extraño imaginar dicha escena y escalofriarse como ya antes le había ocurrido, justo al encontrarse por primera vez con su haraposo acompañante. Sopesando en todo esto, aceptó de mala gana.

Con la aspiración de franquear de manera menos triste las últimas horas, decidió motivarse especulando sobre el grandioso viaje que le esperaba, todo sería tan distinto en Luna lejos de ese mundo en extremo teísta, no veía la hora de su llegada. Entonces una idea se entrecruzó por completo con sus pensamientos y le hizo caer en la cuenta de sus pendientes; debía aun llegado superar dos pruebas muy importantes, la primera no le inquietaba en lo más mínimo, pues consistía en abdicar de cualquier religión o creencia sobrenatural, analizó inclusive, si no sería esta la razón del anciano para negarse a viajar. Sin duda algo de eso tendría que ver, no cualquiera eludiría con éxito los complejos sistemas detectores emplazados en Apocalipto.

Empero, la siguiente prueba sí le mortificaba en extremo, extrañamente al inicio de

su viaje esta carecía de valor, pero después del encuentro con el viejo, tal cosa tomó una grave importancia, al punto de mantenerle un buen rato despierto hasta que el cansancio terminó por vencerle una vez más, y se desvaneció entre vagos pensamientos emocionales. En el fondo, sin embargo, y de manera casi consciente, había estado tratando de evitar dormirse, sentía terror de volver a sus lúgubres regresiones hiladas al parecer, por el mismo Morfeo.

Ahora su mujer se sostenía con fuerza asida a su brazo, mientras él, casi sin respirar por miedo a que dicha acción no le dejase escuchar algún golpe inesperado, se pegaba con discreción contra la puerta principal. Abrió con lentitud y observó hacia las escaleras elevándose sobre el piso, ambas direcciones del pasillo principal estaban atestadas de maquinales endemoniados, los cuales barrían sin contemplación todas las piezas del gran edificio (y a quien encontraran en ellas). Desesperado ante la situación, Jacobo cerró la puerta y observó con detenimiento a su mujer, la pobre al fin comprendiendo a cabalidad lo que sucedía se hallaba muda por el terror, el cual evidenciaba en su esquizofrénico temblar y en lo dislocado de las órbitas de sus ojos. Entonces, en un arrebato impulsivo el hombre abrió la puerta y le echó fuera, atrancando de golpe y poniendo el cerrojo; los gritos desesperados de ella no se hicieron esperar, mientras adentro el culpable de su desgracia reulaba en dirección contraria a la de la salida. Un golpeteo estruendoso hizo réplica sobre las paredes interiores, a la vez que un aullido terrorífico era proferido por la desgraciada mujer, de seguro la estarían despedazando allá afuera. "¡Bien ganado te lo tienes, puta!" le gritó desde dentro, ella misma le había asegurado apenas unos días atrás que le dejaría, que ya no le deseaba y que pensaba marcharse con un desgraciado, un don nadie, un tal, Juan Bosco; pensando esto tomó la veloz y fatal decisión, y acertada o no, ya era muy tarde para arrepentirse; sin duda la misma acción le daría el tiempo suficiente para escapar, la ventana del frente daba al exterior y le conectaba con el jardín; en efec-

to, por allí podría huir de los maquinales, un piso de altura no sería problema, ya la había utilizado en alguna ocasión nocturna, para escabullirse de su esposa sin sus sospechas, y sin hacer necesaria la activación del registro electrónico de la puerta. Las píldoras que la mujer utilizaba para sus nervios sensiblemente alterados, eran a la vez un fuerte somnífero, y el mismo Jacobo nunca desaprovechó esto para hacer de las suyas en las nocturnas esferas citadinas. "Ya tuviste tu merecido, desgraciada, al tal Juan también le daré su porción llegado el momento" susurró en voz baja mientras se enmarcaba por entre la ventana, se detuvo en el alfeizar de la misma, aguzando el oído en dirección de la puerta justo antes de saltar. Una batahola de horrendas y graves voces colmaban el ambiente, expresiones inentendibles vibraban entre los ductos de la ventilación, luego sobre las paredes mismas y al momento Jacobo podía sentir como desde su propia cabeza oscilaban aquellas extrañas ondas de sonido, el bullido se entremezclaba caprichoso haciendo cada vez más difícil la individualización de las voces, y cada vez con más fuerza blandía en su cabeza un estruendoso averno. Jacobo dio un giro violento y saltó hacia el jardín, justo en el momento de dar el salto, su pie se entrelazó con la enramada crecida desde el patio, dando vuelta a su cuerpo y haciéndole caer de bruces.

De nuevo, la ventisca arenosa le despertaba con sus molestas y traviesas partículas. Al abrir los ojos, arribó a su mente de inmediato la segunda prueba; los asesinos no podían viajar a Luna, debía mentir, evadir el nutrido sistema de detección. Empero, el sentir la ahora reconfortante y aún cálida arena del desierto abrazándole su espalda, mientras las estrellas en el cielo palpitaban con suma ligereza, como saludándole de regreso a la realidad (a la libertad), le hizo mejorar su disposición sobre ese pendiente y le envalentonó de manera decidida.

Se encontraba aún recostado calculando de acuerdo a la posición de los astros los minutos restantes para la salida del sol, ya no habría más retrasos, ni nadie le impediría a plena luz correr hacia el encuentro con su dulce destino. Eso pensó, hasta que

de pronto, el escándalo diabólico que le atormentase apenas minutos atrás, en su fatídico sueño, pareció regresar y continuar más fuerte al mezclarse con su contexto real; levantando incrédulo la morra para echar un vistazo, pudo atestiguar lo inesperado; junto a él, el viejo desgredado era sacudido con violencia por una mano invisible, mientras destellos de una lúgubre luz naranja le abandonaban en cada arremetida, cada centella sombría y saliente del cuerpo del viejo, venía acompañada de

una ronca y malévolona onda, distintas todas ellas y cual más de todas, igual de terrorífica. Jacobo, solo alcanzó a deliberar sobre las puertas abiertas... sobre su pecado. Minutos después, un cuerpo descarnado, arrugado y haraposo yacía reposando para siempre entre las dunas arenosas, mientras en dirección de la última morada del humano en la tierra, la figura desgarbada de un hombre gobernado por sus más básicos instintos, avanzaba con furiosos y maquinales pasos.

Entre el cero y el infinito: digresiones matemáticas en la ciencia ficción

Campoamor Stursberg, Rutwig

Aunque generalmente se trate de un fenómeno que pase desapercibido, la producción de relatos y novelas de ciencia ficción que exhiben algún ingrediente serio de naturaleza matemática (real, distorsionada o completamente ficticia) es más numerosa de lo que pueda parecer a primera vista [1]. Mientras algunas de estas creaciones son meritorias por combinar ideas más o menos complejas, ajenas a la intuición, con desarrollos propios de la literatura de anticipación, en otras el mensaje científico queda reducido a un mínimo (o el vacío), al ser su función mera utilería decorativa. Queda enmarcada en esta categoría una cantidad inmensa de novelas y relatos cuya trama menciona alguna teoría matemática de forma superficial, así como otras obras que hacen alusión a alguna destreza aritmética perdida, usualmente como consecuencia de una dependencia tecnológica extrema o una regresión debida a alguna catástrofe natural o guerra. El objeto de estas líneas no es detenerse en estos numerosos ejemplos, que podríamos calificar como triviales, sino analizar obras de ciencia ficción cuyo contenido matemático sea más ambicioso que las normas del manejo adecuado de una regla de cálculo o unas tablas de logaritmos, y donde el elemento analítico, geométrico o aritmético sea fundamental para la coherencia (o, en ocasiones, la incoherencia) de la historia. Las cuestiones relativas a la teoría de la probabilidad, así como a los métodos estadísticos, pueden verse como una clase aparte, algunos de cuyos aspectos ya hemos comentado con anterioridad. Tan sólo citaremos *La gigantesca fluctuación* (1973), que figura entre las obras breves menos conocidas de los hermanos Strugatskii'. El protagonista de la historia es un hombre que, por causas desconocidas, se convierte en el foco central de fenómenos cuya probabilidad, sien-

do despreciable, no excluye que puedan darse. De este modo, es capaz de obtener noventa y ocho caras al lanzar cien veces una moneda, o verse sorprendido por una tormenta tropical en el desierto del Gobi. Además, en su cercanía se generan campos magnéticos en condiciones nunca observadas pero teóricamente posibles, así como fenómenos atmosféricos locales que provocan que personas situadas cerca de él sean absorbidas por un torbellino y vuelen a su alrededor. Lejos de sentirse acomplejado por ser el atractor de manifestaciones tan exóticas, el protagonista asume filosóficamente su condición y se define a sí mismo como la "gigantesca fluctuación". Aunque el trasfondo de la historia son las leyes de la probabilidad, los autores enumeran también la dinámica de gases, la termodinámica de procesos reversibles y la entropía, todas éstas nociones para cuya descripción son precisos métodos estadísticos, y que dejan la puerta abierta a posibilidades nunca observadas totalmente ajenas a nuestra experiencia, pero no descartables desde el punto de vista formal.

El ejemplo clásico de ciencia ficción de vertiente matemática que suele presentarse como canónico es la novela *Planilandia* de E. A. Abbott, aparecida en 1884, donde unos seres bidimensionales narran con estupor sus impresiones al ser visitados por habitantes del espacio tridimensional. Este texto no es propiamente ciencia ficción, sino que se trata de un ensayo seriamente planteado con fines pedagógicos y posiblemente, teológicos. Apoya esta hipótesis que el protagonista de la historia, un cuadrado, enfoca la visita de los seres de la tercera dimensión desde el punto de vista sobrenatural, como una especie de experiencia mística. No obstante, el texto de Abbott es un referente histórico que merece ser mencionado, y que ha inspirado se-

cuelas o generalizaciones más próximas al género, tales como *Sphereland* de Dionys Burger, donde se trata de forma bastante amena la noción de curvatura espacial y de un universo en expansión, o la novela *Spaceland* de Rudy Rucker, en la que se relatan las peripecias de un ingeniero de Silicon Valley involucrado en una guerra con un trasfondo comercial entre seres tetradimensionales, que tienen la absurda pretensión de extender su negocio de telefonía móvil entre los seres humanos. A pesar de la originalidad en su planteamiento, ciertos elementos propios de la opereta espacial hacen la lectura algo pesada, de modo que se trata probablemente de un texto apreciable sólo por los incondicionales al género.

Precisamente el desplazamiento hacia la cuarta dimensión o la interacción con la misma ha sido uno de los temas favoritos y recurrentes de los autores, claramente motivado por el impacto de la Teoría de la Relatividad. Al margen de las obras que se refieren específicamente a los viajes en el tiempo, que constituyen una categoría aparte que analizaremos en otra ocasión, la calidad de una mayoría de los relatos sobre interacciones multidimensionales es cuestionable, bien por la mediocridad del argumento, o a causa de la poca pericia geométrica del autor. Afortunadamente, hay ejemplos diametralmente opuestos que muestran cómo debe estar estructurada una genuina narración de ciencia ficción. Destacamos dos títulos que tanto por su calidad literaria como por la solidez de su argumentación debieran ser conocidos. En primer lugar, una notoria aportación debida a Herbert G. Wells, quien escribe *El caso Plattner* en 1896 [2]. El infortunado protagonista del relato descubre cómo debe rotarse un objeto tridimensional en el espacio tetradimensional, de modo que el objeto se transforme en su imagen especular, lo que tiene como consecuencia que la disposición interna de sus órganos cambien de sitio inesperadamente. La anécdota curiosa es que este texto fue duramente criticado por un comentarista literario como mera superchería pseudocientífica, cuando los hechos geométricos presentados por Wells son absolutamente impecables. El principal mérito

de dicha reseña es haber dejado constancia escrita de la completa futilidad de cierto tipo de pedante crítica académica, que ratifica el sabio corolario de que sólo se debiera opinar sobre aquello que se conoce con fundamento [3]. Una historia igualmente entretenida, a la vez que osada, es ... *Y construyó una casa torcida* (1941) de Robert Heinlein, donde se narra como un arquitecto se empeña en diseñar una moderna casa formada por ocho cubos acoplados de tal forma que correspondan a las 3-caras de un cubo tetradimensional (llamado tesseracto o hiper cubo). Aunque tal construcción no es posible en tres dimensiones, el arquitecto trata de imitar lo mejor posible esta disposición. Sin embargo, antes de ser estrenada la casa, un temblor de tierra cambia la disposición geométrica interna de la misma, con lo cual los compradores y el arquitecto se ven sumergidos en una extraña geometría (el lector puede hacerse una idea concisa recordando el famoso cuadro *Relatividad* de M. C. Escher) que les impide abandonar la casa una vez que han accedido a ella. Finalmente, logran evadirse por una ventana antes de que el exótico edificio sea completamente absorbido por la cuarta dimensión. El resultado de la singular experiencia es un espléndido solar vacío, unos clientes que seguramente no han disfrutado con el paseo interdimensional, y un arquitecto entusiasmado con las observaciones realizadas, que ya está proyectando una segunda y revolucionaria versión de su casa de ensueño tetradimensional. Sin que en ningún momento la narración pierda fluidez, Heinlein pone especial cuidado en no introducir errores de interpretación relativas a las propiedades de los tales hiper cubos, indicando acertadamente que los hechos aparentemente paradójicos son consecuencia de que sólo puede observarse un hiper cubo a través de una proyección.

Sin duda alguna, concebir un relato de ciencia ficción que tenga como argumento un concepto matemático y procurar que sea simultáneamente un texto ameno, es una tarea difícil, tanto desde el punto de vista técnico como literario. Por un lado, la trama debe ser hasta cierto punto indepen-

diente del formalismo matemático que se use, sin que éste resulte superfluo, mientras que, por otro lado, debe tratarse de una noción que, al menos en el plano informal, le resulte medianamente conocida al lector, con el fin de evitar que éste interrumpa la lectura como resultado de un tedio insostenible o una justificada incompreensión. En este marco, y aunque pudiese constituir un interesante ejercicio para el intelecto, no tendría sentido enfocar un relato hacia teorías o resultados muy rebuscados que puedan resultar ajenos incluso a quienes hayan cursado estudios universitarios con un fuerte contenido matemático. El efecto contraproducente de una tal elección puede ilustrarse adecuadamente mediante el siguiente ejemplo. Supongamos que una expedición descubre, entre los restos de una base espacial localizada en un asteroide del cinturón de Kuiper, documentos relativos a una civilización extinta. Los restos arquitectónicos y técnicos hacen suponer una civilización de gran nivel científico, así como de una cultura matemática muy avanzada. Los expedicionarios se vuelcan en tratar de descodificar los documentos hallados, que suponen encriptados mediante un sofisticado procedimiento matemático. Aunque el lector no sea un experto versado en criptografía, le resultará mucho más ameno y comprensible que el autor haga alusión a la factorización de números enteros mediante números primos o a los códigos de base algebraica, que de algún modo le puedan resultar familiares por haber sido objeto, en alguna ocasión, de noticias en la prensa u otros medios de difusión, que tratar de asimilar las sutilezas de un código basado en la tabla de caracteres racionales del llamado monstruo de Fischer–Griess, el grupo simple esporádico de mayor orden. Aunque este último se presta indudablemente a cautivadoras y fructíferas manipulaciones literarias, es prácticamente seguro que una mayoría del lectorado desechará el relato por suponer (erróneamente) que las nociones que se manejan, empezando por el nombre, han sido burdamente inventadas con el fin de conferirle a la historia una pátina científica. Incluso suponiendo que el lector paciente le diese credibilidad a la no-

menclatura, las características inherentes a la elección de la clave subyacente al código restarían ocultas a cualquiera que no haya manejado explícitamente los grupos esporádicos y sus representaciones, lo cual arruinaría sin remedio el efecto sorpresa deseado por el autor. Por otra parte, es conocido que determinados números, tales como la proporción áurea, el número pi o los enteros de Fibonacci aparecen de forma reiterada en multitud de fenómenos naturales de forma inesperada, o son empleados en determinadas expresiones culturales o artísticas, motivo por el cual pueden asociarse con el progreso de una determinada civilización. En otras palabras, cuanto más sofisticada sea la noción elegida, menor será su asimilación e impacto entre los lectores, así como su credibilidad [4]. Existen, no obstante, algunos ejemplos en la literatura de ciencia ficción que utilizan precisamente las sutilezas matemáticas como base de la trama. En relación directa con el ejemplo planteado, el relato *Monster* de Alex Kasman, aparecido en 2005, versa sobre el grupo de Fischer–Griess, aunque en un contexto completamente distinto. Si bien el autor emplea la historia para proporcionar una introducción intuitiva a la teoría de grupos, y al grupo de Fischer–Griess en particular, un lector no interesado en problemas matemáticos encontrará ameno el relato, ambientado en un marco universitario futurista, donde los métodos comerciales han devaluado la filosofía académica hasta límites insospechados, institucionalizando la corrupción y la trampa.

Un ejemplo similar, pero desarrollado de un modo más dinámico, es el relato de G. Egan *The infinite assassin* (1991), en la que el método adecuado para neutralizar a un asesino que puede actuar simultáneamente en una infinidad de universos paralelos es enviarle, mediante una aplicación no especificada, al llamado discontinuo de Cantor, el ejemplo paradigmático de conjunto infinito no numerable, de interior vacío, medida cero y dimensión logarítmica. Precisamente estas singulares propiedades son las que implican que cualquier acción por parte del asesino quede sin efecto en el espacio-tiempo correspondiente. Sin duda

se trata de una historia bien planteada y formulada, llena de detalles meritorios, pero probablemente pierde efecto al parecer excesivamente esotérica. El mérito de Egan, plasmado en sus otros muchos relatos de contenido matemático, es apartarse de los repetitivos clichés con los cuales han sido tratados literariamente los objetos, en este caso, los fractales. En este contexto, posiblemente el primer autor (o de los primeros) en tratar estos extraños objetos de forma amena en la ciencia ficción sea Arthur C. Clarke. En *El espectro del Titanic* (1990), el autor nos describe a Ada Craig, una niña con una asombrosa intuición geométrica que le permite reconocer y descubrir propiedades del llamado conjunto M de Mandelbrot de forma casi inmediata. Lamentablemente, Clarke simplifica hasta tal punto la descripción de dicho conjunto, dejando de lado el hecho de que está definido en el plano complejo, que incurre inevitablemente en errores de bulto [5]. Al margen de esto, las atractivas propiedades gráficas del célebre “hombrecillo” de Mandelbrot finalmente no tienen relevancia en la disposición interna de la novela, siendo un añadido cuya exclusión no hubiese disminuido el valor del libro en su conjunto [6]. El conjunto M, por otro lado, sí juega un papel destacado en el desarrollo de *Modo fractal*, novela debida a Piers Anthony, en la que, una vez más, se reproducen errores debidos a una incorrecta interpretación de hechos ocasionalmente presentados con poco rigor en algunos textos de naturaleza divulgativa.

Concebida de forma mucho más sutil y concienzuda, en la conocida y aclamada novela de C. Sagan *Contacto* (1985) encontramos el mensaje de una civilización extraterrestre codificado, no mediante una rebuscada estructura (bien) conocida solamente por un puñado de especialistas, sino a través de la irregularidad observable en el desarrollo decimal del número pi. Al margen de que la noción de irracionalidad y trascendencia de un número no es en absoluto una trivialidad, cualquiera que lea la novela no tiene dificultad alguna en asumir que los decimales de pi son inabarcables en su totalidad, y que su desarrollo decimal no

está sujeto aparentemente a ninguna pauta periódica o de regularidad [7].

Una variante satírica de esta idea, no desprovista de interpretaciones paranoicas, aparece en *El efecto Müller-Fokker* (1970), novela escrita por de J. T. Sladek en su característico estilo irónico, donde se utiliza también el número pi como clave para descifrar un código, aunque en este caso se trata de un plan maestro, infalible y definitivo de las potencias comunistas para derrotar a los Estados Unidos. La posesión y control de dicho código desencadenará una lucha entre diversas facciones, entre las que se encuentran militares, financieros, radicales políticos y medioambientales, e incluso grupos evangelistas.

Diversos autores exploran otras posibilidades, tales como incluir nociones matemáticas reales como telón de fondo en el argumento, empleándolas para justificar la coherencia y verosimilitud de la narración. Las novelas *La Nube negra* y *El quinto planeta* de Fred Hoyle (la segunda escrita en colaboración con su hijo) son un buen ejemplo de esta práctica. En algunas notas a pie de página, o intercaladas en el texto, pueden encontrarse razonamientos matemáticos genuinos acompañados de fórmulas reales que ilustran los métodos (mayoritariamente astronómicos) que los protagonistas manejan. Otro conocido autor propenso a esta tendencia es Alexander Kazantsev, que suele incluir largas anotaciones de contenido científico para legitimar su narrativa. Siguiendo esta línea de expositiva, David Duncan explora en su novela *La navaja de Occam* (1957) el impacto de la llegada de dos seres procedentes de un universo paralelo. El autor baraja la posibilidad de un espacio-tiempo discontinuo inmerso en un extraño objeto denominado “meta-tiempo”, de modo que nuestra realidad se compone de cadenas discontinuas que evolucionan en el meta-tiempo. Esta estructura permite la existencia de infinitas cadenas correspondientes a realidades alternativas, así como la transición de una realidad a otra. La idea verdaderamente interesante del libro es el mecanismo de transición empleado, basado en las propiedades de las llamadas superficies mínimas,

que actúan como portales que interconectan las distintas realidades [8]. En relación al título de la novela, Duncan extrapola el principio de parsimonia ontológica (es decir, la navaja de Occam en su formulación moderna) para incluir los principios mínimos, argumentando que los fenómenos naturales tienden a minimizar ciertas acciones (piénsese en la trayectoria, la energía, la tensión superficial, etc.). Aunque la trama de la novela no es muy brillante, sí debe destacarse que la argumentación presentada, en la que se discuten varios conceptos del cálculo de variaciones, es coherente y entretenida, y supone uno de los pocos ejemplos donde un texto de ficción se adentra en estas arduas cuestiones con cierto grado de seriedad.

En su obra conjunta *El último teorema* (2008), A. C. Clarke y F. Pohl retoman el último teorema de Fermat como decorado de una historia algo rocambolesca e irregular que combina elementos de espionaje industrial, filosofía de las religiones, una expedición de castigo enviada por una civilización extraterrestre, alarmada por el mal uso humano de la energía nuclear, o la construcción de un ascensor orbital en Sri Lanka. El protagonista de la historia es Ranjit Subramanian, un estudiante inconformista que rechaza la demostración publicada en 1993 del teorema de Fermat por su extrema complicación y longitud, y cuya obsesión es encontrar una demostración breve y concisa, basada en hechos elementales, que supuestamente Fermat habría encontrado. La atormentada existencia de Subramanian, consecuencia de su obsesión, así como del enfrentamiento con su padre por cuestiones religiosas, se ve gravemente afectada cuando, a raíz de un infortunado incidente, es considerado como un terrorista por un servicio de inteligencia no especificado, siendo internado y torturado. Pese a todo, durante este período de detención, el equilibrio mental del protagonista se ve reforzado, y en su delirio vislumbra la ansiada solución al teorema de Fermat. Una vez liberado, la publicación del resultado le hará saltar a la fama, lo que le permitirá asimismo reconciliarse con su pasado. Fiel a sus principios pacifistas, Subramanian rechaza

con vehemencia los intentos de las agencias de inteligencia para incorporarle a sus departamentos de criptografía. Sin embargo, el protagonista jugará un papel relevante para evitar que la raza extraterrestre que ha condenado a la humanidad finalmente la extermine, consiguiendo de hecho que absuelva a la humanidad y la inicie en los verdaderos misterios del cosmos. Publicada después del deceso de Clarke, esta ambiciosa novela, compleja y más profunda de lo que aparenta tras una primera lectura, no fue sin embargo apreciada en todo su valor por la crítica.

El teorema de Fermat es también protagonista del relato corto de Arthur Porges titulado *El demonio y Simon Flagg* (1954), donde un estudioso invoca al diablo para obtener finalmente una respuesta sobre la veracidad del teorema. El demonio, sorprendido por la candidez del protagonista, acepta el reto planteado, ante lo que cree ser una fácil victoria. No obstante, las dificultades se amontonan y el amo del averno, finalmente, debe darse por vencido y declarar que no conoce la respuesta. En lugar de exigir el pago acordado, el profesor se muestra intrigado por los resultados parciales deducidos por el demonio, con lo que comienza una singular colaboración para tratar de demostrar el teorema. Se trata, en suma, de una simpática narración a la que sólo puede objetarse el haber quedado desfasada, una vez que el teorema de Fermat ya no es una conjetura.

Al margen de extrapolaciones de estructuras o teorías existentes, multitud de escritores simplemente inventan nuevas teorías que supuestamente reflejan el progreso científico de la época o la sociedad que se describe en la obra [9]. Este es el caso de las llamadas "matemáticas bipolares" a las que alude Iván Efremov en su novela *La Nebulosa de Andrómeda* (1957), y que fueron el origen de agrias críticas por parte de los recensores oficiales, a quienes el uso de teorías imaginarias les parecía intolerable. No obstante, la intención filosófica de Efremov era insinuar que estas nuevas estructuras matemáticas estaban basadas en una lógica construida a partir de la dialéctica, como una escala más avanzada y evolucion-

nada de la lógica formal usual. Haber postulado abiertamente que incluso el materialismo dialéctico está sujeto a una evolución hubiese sido, probablemente, una indiscreción potencialmente peligrosa para la reputación del autor, incluso siendo una verdad filosófica indiscutible.

Lamentablemente, en muchos otros casos, los autores cometen desafortunados deslices o simplemente hablan sin conocimiento de causa, mezclando conceptos de forma arbitraria y sin ninguna consistencia, lo que destruye el contenido científico de la obra, al margen de su amenidad o calidad literaria [10]. Tal es el caso del famoso relato de A. Deutsch *Un metropolitano llamado Möbius* (1950), en el que una ampliación del sistema suburbano en Boston transforma éste en una cinta de Möbius, lo que ocasiona que un convoy se pierda en un bucle espacio-temporal. La misión de un topólogo de la universidad es idear un procedimiento mediante el cual rescatar a los infortunados pasajeros del tren. Aunque la historia no carece de atractivo, Deutsch confunde las propiedades topológicas de la cinta de Möbius con la existencia de singularidades, de las que este objeto carece, por lo que el bucle espacio-temporal no podría darse bajo ninguna circunstancia. A pesar de sus manifiestas carencias, este relato se ha considerado como uno de los referentes de la llamada "ficción topológica". Sería inexacto deducir que Deutsch es de los primeros autores en abordar el tema. Varios años antes, el conocido divulgador M. Gardner escribe *El profesor no-lateral* y *La isla de los cinco colores*, textos formalmente bien ejecutados aunque algo pueriles. Ambas historias se centran en la figura de un extravagante y pomposo topólogo llamado Slapenarski y los problemas que le ocasiona a un colega norteamericano llamado Martin. El primer relato se basa en extrapolaciones ficticias de la banda de Möbius. Vista por primera vez, puede resultar sorprendente que dicha cinta, uno de los más sencillos ejemplos de superficie no orientable con una única cara, se obtenga plegando y pegando una hoja de papel, que tiene dos caras. Generalizando esta idea, Sla-

penarki desarrolla un método para ir plegando e identificando los lados de un objeto hasta que finalmente, se obtenga un ente extraño sin cara alguna [11]. De visita profesional en Chicago, el profesor realiza una sensacional demostración pública durante un banquete en su honor, aplicándole el procedimiento al profesor Simpson, una eminencia local, que se desmaterializa súbitamente ante una audiencia atónita, dejando detrás de sí únicamente su ropa [12]. Arrepentido por haber enviado a Simpson a las "dimensiones superiores", Slapenarski se aplica el método a sí mismo para buscar al desaparecido. En medio del desconcierto ocasionado por tan extravagante fenómeno, Simpson reaparece en la misma sala, mientras Slapenarski tiene el infortunio de materializarse en el escenario de un club nocturno anejo, provocando de esta forma un escándalo público por exhibición indecorosa. Poco después de este calamitoso episodio, Slapenarski vuelve a su país, donde fallece como consecuencia de una crisis cardíaca, probablemente ocasionada por la irreparable afrenta que su orgullo ha sufrido.

En el segundo relato, Gardner trata el famoso problema de los cuatro colores, no demostrado en la fecha de su publicación [13]. En esta ocasión, el infortunado Martin se desplaza a una remota isla africana para comprobar la existencia de una subdivisión geográfica de la misma cuya estructura implicaría la falsedad de la conjetura. Después de unas peripecias abocadas al fracaso, que le impiden comprobar si realmente la subdivisión insular refuta la conjetura, Martin se reencuentra con el polémico Slapenarski, al que creía muerto. El profesor le comunica que, en efecto, la conjetura es falsa, y que ha estado boicoteando el trabajo de Simpson para no ser interrumpido en el progreso de su último logro, una conexión directa con la cuarta dimensión a través de una botella de Klein. No obstante, antes de que Slapenarski pueda ofrecer una explicación del fenómeno, un extraño ser surgido de dicha botella arrastra al sabio hacia lo desconocido, en lo que presumiblemente es su final definitivo. Es destacable que la figura del profesor Slapenarski de estos dos

relatos tiene cierta semejanza, en lo que se refiere a sus bruscos modales y su arrogancia, con la del controvertido profesor Challenger de la novela *El mundo perdido*, de A. Conan Doyle, aparecida en 1912.

Si bien las implicaciones descritas en estas dos historias son totalmente ficticias, no incurrir en ningún momento en los errores en ocasiones vergonzosos que tantos escritores plasmaron en sus historias. Como botón de muestra vale la pena citar *La dimensión peligrosa* (1938) de Ron L. Hubbard, olvidable relato donde un sabio, reflexionando sobre dimensiones negativas, encuentra una "fórmula C" cuya mera visualización permite desplazarse instantáneamente en el espacio, sin que se requiera más que pensar en el punto de destino. Sin entrar a discutir la impericia matemática de la trama, observamos que reemplazar la "fórmula C" por "minerales diamagnéticos rigelianos" tendría el mismo efecto. Una desidia similar en el tratamiento de las nociones geométricas puede observarse ocasionalmente en los relatos de Miles J. Breuer dedicados al hiperespacio y la cuarta dimensión aparecidos entre 1927 y 1932 en diversas revistas, si bien hay que conceder que este autor, médico de profesión, al menos se esforzaba en presentar una narración entretenida. Es razonable suponer que el hastío ocasionado por tales interpretaciones absurdas fuese la motivación para que J. G. Hocking, un topólogo profesional, escribiese un artículo divulgativo sobre topología, aparecido en 1954 en la revista *Astounding* [14], en el que explica, de forma gráfica e intuitiva, algunas propiedades y curiosidades relativas a objetos como la cinta de Möbius o la botella de Klein. Este ensayo está asimismo concebido como una respuesta al relato de Deutsch mencionado, en el que se indican las inconsistencias en las que incurrir este último, excusa que Hocking aprovecha para divagar sobre otros aspectos generales de la topología elemental. Pese a los esfuerzos didácticos de su autor, no está claro que este ensayo tuviese un impacto directo entre los autores, dado que las incongruencias topológicas han seguido reproduciéndose en muchas narraciones hasta nuestros días.

Un relato algo desconcertante en su planteamiento es *Mathenauts*, escrito por Norman Kagan y aparecido en 1964. En un futuro indeterminado, los matemáticos pueden realizar viajes a través de un espacio multidimensional abstracto "Mathenaut" usando un sofisticado (y algo esotérico) procedimiento llamado "vuelo de Brill—Cohen". Pese a que la narración es una enumeración continua (incluso tediosa) de conceptos y nombres de matemáticos ilustres, el autor no resulta convincente en sus afirmaciones, al tratar de ser en exceso ambicioso en su despliegue científico. Al final, el lector no deja de tener la impresión de que el citado vuelo de Brill—Cohen no deja de ser una especie de ilusión colectiva, semejante al método autohipnótico empleado por Jack Finney en *Ahora y siempre* para desplazarse al pasado (salvando las abismales diferencias cualitativas existentes entre el relato de Kagan y la deslumbrante novela de Finney)

Neal Stephenson nos ofrece una grandiosa apología de la criptografía en su monumental novela *Criptonomicon* (1998), donde se relatan paralelamente dos historias, la de un brillante matemático involucrado en el análisis criptográfico durante la II Guerra Mundial, así como la de su nieto, un experto programador cuya compañía trata de desarrollar un dominio en la red libre de las injerencias estatales. Ambas historias están hábilmente conectadas, combinando hechos históricos con plausibles desarrollos que podrían darse en criptografía. El autor despliega una considerable artillería matemática para dar consistencia al argumento, en las que aparecen algunas figuras históricas de la criptografía tales como Alan Turing o Abraham Sinkov, y mencionando cuestiones fundamentales de la aritmética modular o la teoría de la información. Se incluye además un algoritmo criptográfico real diseñado por el conocido experto en seguridad Bruce Schneier, basado en el grupo de permutaciones de 54 letras. Pese a la gran cantidad de nociones técnicas que se manejan, éstas juegan tan sólo un papel secundario en la novela. Al margen de ciertos pasajes detallados, cuya intención es conferir credibilidad a la histo-

toria, las nociones matemáticas están intercaladas de forma ingeniosa en los diálogos de los personajes. Dejando de lado alguna pequeña inconsistencia formal, la novela es sin duda una de las más sólidas y meritorias contribuciones a la ciencia ficción matemática.

Como hemos visto, los objetos matemáticos de naturaleza exótica suelen tener preferencia entre los diversos autores, aunque existen algunos interesantes y meritorios referentes a la geometría sintética clásica. En este sentido, recordamos la breve narración con trazos humorísticos *The Geometrics of Johnny Day* (1941), de Nelson Bond, en la que un profesor de geometría aburrido de su profesión decide probar suerte en la industria metalúrgica, en la que, pese a su manifiesta incapacidad comercial, logra impresionar a sus superiores con sus ingeniosas y algo extravagantes propuestas geométricas, que permiten a la compañía ahorrar (algún) dinero en su departamento de logística. Más interesante y ambicioso es el curioso relato *Quod erat demonstratum* (1984) de B. S. Burdick, en la que un ingenioso representante de la raza humana nos salva de ser eliminados por una especie alienígena altamente tecnológica mediante una brillante exhortación sobre la belleza y estética de los postulados de la geometría euclídea [15]. Impresionados por la elegancia de la argumentación sintética, así como por las implicaciones filosóficas del razonamiento, los alienígenas deciden que los humanos, poseedores de un arte desconocido por ellos, son merecedores, después de todo, de ser tratados con respeto. Kim S. Robinson combina geometría (en este caso, el teorema de Desargues) y la transferencia de energía en una narración de intriga titulada *El geómetra ciego*, en la que Carlos, un matemático invidente, cuenta como un colega trata de sonsacarle información clasificada para transferirla a un grupo gubernamental involucrado en una conspiración cuya finalidad es el diseño y la construcción de un arma de partículas. Destacamos finalmente *Euclid Alone* (1975) de William F. Orr, historia que narra como el fortuito descubrimiento de la inconsistencia lógica

de la geometría euclídea, cuyas consecuencias son supuestamente socialmente nocivas, mueven al director de una institución científica a planear y ejecutar una campaña cuyo objetivo es desacreditar científicamente al brillante matemático que ha desarrollado la demostración. Aislado y difamado, éste finalmente abandona la investigación. La sensación de victoria del mezquino burócrata instigador es, sin embargo, efímera, al descubrir con horror que el hallazgo que se ha tratado de negar y ocultar ha sido redescubierto y publicado poco tiempo después por un lógico húngaro. Al margen de la novedosa idea de extrapolar el hallazgo de las geometrías no euclídeas y combinarlo con los famosos teoremas de incompletitud para sugerir una (afortunadamente inexistente) inconsistencia de los fundamentos axiomáticos de la geometría, el relato es también un vehículo para denunciar ciertas prácticas malsanas existentes en el submundo académico.

En la última obra de Stanley Weinbaum, *The brink of infinity*, publicada después de su muerte, un químico desfigurado a causa de unos cálculos imprecisos realizados por un matemático descuidado decide vengarse de estos, al menos simbólicamente, secuestrando a un matemático y planteándole un reto que éste deberá descifrar en cinco días, y para cuya resolución podrá hacer diez preguntas. El infortunado protagonista, un especialista en métodos estadísticos, irá acotando meticulosamente el problema mediante cuestiones hábilmente planteadas, hasta dar finalmente con la respuesta correcta. Aprovechando el desconcierto del secuestrador, el protagonista escapa y logra denunciar al químico, que es detenido y encerrado en una institución mental. Aunque el problema matemático en sí es bastante banal (el secuestrador pensaba en el infinito, cuyas propiedades aritméticas son distintas a las de los escalares usuales), la narración es meritoria. Su valor es más psicológico que técnico, ya que plantea como un accidente o un revés serio puede distorsionar la percepción de una persona hasta tal punto, que se trate absurdamente de planear una venganza colectiva, particularizando en un individuo.

Aunque no se trata de un relato aparecido en una revista o colección de relatos de ciencia ficción, sino de un texto publicado en un libro introductorio sobre la teoría de conjuntos, el académico soviético Naum Ya. Vilenkin nos deleita con un entretenido cuento titulado *El hotel extraordinario o el milésimo primer viaje de Ion Tichy* (1965). En él, el autor juega de forma experta con las propiedades, contrarias a la intuición, de los conjuntos infinitos numerables. En un hotel intergaláctico con capacidad infinita (tiene tantas habitaciones como números naturales), el viajero llega al hotel para encontrarse con que no hay habitaciones disponibles, pese a la reserva que se había realizado. La eficiente administración del hotel resuelve el problema desplazando a los huéspedes una habitación, con lo cual la primera queda libre para ser ocupada por el protagonista. En días sucesivos, se plantea un problema mayor, el de alojar a una cantidad infinita de nuevos huéspedes que acuden a un congreso, aunque el hotel sigue lleno. Nuevamente, los gerentes del establecimiento resuelven satisfactoriamente el problema, albergando a los huéspedes en habitaciones pares, para que de este modo los recién llegados puedan ocupar las impares. Se plantea un par más de situaciones en la redistribución de huéspedes, que requieren soluciones basadas en otras propiedades de descomposición de los enteros, y en la que Tichy pone a prueba su ingenio. El autor ironiza incluso con la pesadumbre del director del hotel, que se lamenta de que la mitad de los huéspedes, pasada una semana, haya abandonado el hotel, lo que repercutirá negativamente en las ganancias. Ion Tichy, por su parte, deduce que el beneficio ha permanecido inalterado, dado que la mitad de infinito sigue teniendo la misma cualidad. No habrá escapado a la perspicacia del lector que el personaje de Ion Tichy es el conocido viajero de la obra de Lem, que Vilenkin toma prestado para amenizar su narración. Debe observarse que este relato, a causa de esto, fue atribuido erróneamente al escritor polaco en lugar de a Vilenkin [16]. Ian Stewart retoma la misma cuestión en *Hilbert's Hotel* (1999), un relato cuya primera mitad repi-

te en esencia las nociones comentadas por Vilenkin. Pero Stewart añade una variante que ilustra el llamado proceso diagonal de Cantor, del cual se deduce que el cardinal del continuo es infinito y no es numerable. En esta ocasión, los gerentes del hotel, pese a sus esfuerzos, son incapaces de albergar a todos los miembros de la Sociedad Cantoriana que solicitan alojamiento en el hotel. Acabamos esta discusión sobre conjuntos infinitos mencionando *White Light*, novela de Rudy Rucker aparecida en 1980, donde se proporciona una esclarecedora visión sobre la hipótesis del continuo, basada parcialmente en la amarga experiencia de su autor al tratar de resolver este célebre problema.

Aunque menos centrado en cuestiones matemáticas específicas, y más en reflexiones éticas y filosóficas, las narraciones compiladas en la *Ciberiada* de Stanislaw Lem también proporcionan algunos ejemplos interesantes que merecen ser tenidos en consideración. Los dos constructores protagonistas del libro, Trurl y Clapucio, son consumados especialistas en diseñar y construir máquinas que refutan algunas de las leyes naturales más importantes, y que frecuentemente tienen consecuencias no deseadas. En el marco que nos ocupa, mencionamos una máquina de probabilidad que genera una plaga de dragones, así como un ingenio bautizado como "demonio de segundo orden", en clara alusión al conocido demonio de Maxwell y la segunda ley de la termodinámica. Muchas otras obras de Lem mencionan nociones matemáticas, aunque generalmente éstas están contenidas en los monólogos de algunos personajes (*Retorno de las estrellas*) o son discutidas de un modo formal (*De Impossibilitate Vitae and De Impossibilitate Prog-noscendi*). Este mismo recurso de presentar una discusión (académica) ficticia es empleado por Alfred Rényi en *Dialogues on Mathematics* (1967). Pese a que no se trate en absoluto de un texto de ciencia ficción, es sin duda alguna una valiosa reflexión, así como una potencial fuente de ideas que podrían traducirse en interesantes narraciones futuristas.

Los ejemplos que hemos considerado no son más que una pequeña y modesta selección que difícilmente puede abarcar todas las novelas y narraciones de ciencia ficción que incluyen elementos matemáticos como ingrediente esencial del hilo narrativo. Por cuestiones de brevedad, hemos omitido a otros autores cuya obra presenta ejemplos adicionales o complementarios a las cuestiones aquí discutidas, tales como Gregory Benford, Anatoly Dneprov, Herbert W. Franke, Robert L. Forward o Ursula K. Le Guin. Aún así, la selección realizada ilustra de modo fehaciente como conceptos puramente formales y tradicionalmente indigestos pueden ser hábilmente desarrollados para dar lugar a una especulación interesante, en ocasiones con intenciones didácticas, siendo ésta una de las características de los autores con formación académica puramente matemática. En este sentido, puede parecer sorprendente como John Taine (pseudónimo utilizado por el eminente matemático Eric Temple Bell, especialista en la teoría de números analítica), un conocido autor de ciencia ficción en las décadas de 1930 y 1940, nunca incluyese explícitamente contenidos matemáticos en su obra. No obstante, como el hecho de emplear un pseudónimo indica parcialmente, Bell distinguía categóricamente entre su obra científica y su obra literaria, actividad que ostensiblemente nunca consideró complementaria a la ciencia, en oposición a otros autores como Hoyle, Sagan, Kazantsev o Efremov, para los cuales la ciencia ficción constituía una correa de transmisión óptima para la extrapolación y especulación científica. Confiemos en que esta tendencia prosiga y se incremente en el futuro, de modo que la ciencia ficción recupere el papel anticipador que tuvo en su época de mayor apogeo. Compartamos por tanto el optimismo expresado por J. Taine [17], al declarar que hasta la historia más inverosímil contiene siempre un gránulo de verdad, y que finalmente sólo una sana cultura científica puede evitar un retroceso al oscurantismo.

REFERENCIAS

- ABBOTT, E. A. 2008 *Planilandia* (Barcelona, Laertes)
- ANTHONY, P. 1992 *Fractal Mode* (New York, Ace Books)
- BOND, N. S. 1941 *The Geometrics of Johnny Day* *Astounding Science Fiction* **27** (5), 114-123
- BORGES, J. L. (Ed) 1984 *La puerta en el muro* (Madrid, Ed. Siruela)
- BREUER, M. J. 2008 *The Man with the Strange Head and Other Early Science Fiction Stories* (Winnipeg, Bison Books)
- BURGER, D. 1965 *Sphereland* (New York, Th. Crowell & Co)
- BURDICK, B. S. 1984 *Q.E.D. Analog Science Fiction and Fact* **104**, 96-112
- CAMPOAMOR-STURBERG R. 2019 *De la biología a la estadística: ¿es la psichistoria una ciencia emergente?*, *Sci Fdi* **22**, 4-12
- CLARKE, A. C. 1990 *El espectro del Titanic* (Barcelona, Plaza & Janés)
- CLARKE, A. C., POHL, F. 2010 *El último teorema* (Barcelona, Edhasa)
- DEUTSCH, A. J. 1985 *Un metropolitano llamado Möbius* (Barcelona, Ed. Orbis)
- DUNCAN, D. 1962 *Occam's Razor* (London, The New English Library)
- EGAN, G. 1995 *Axiomatic* (New York, Night Shade Books)
- FADIMAN, C. 1958 *Fantasia Mathematica* (New York: Simon & Schuster)
- FADIMAN, C. 1962 *The Mathematical Magpie* (New York: Simon & Schuster)
- FOWLER, D. 2010 *Mathematics in Science Fiction: Mathematics as Science Fiction*, *World Lit. Today* **84**, 48-52.
- HARPER, L. M. 1986 *Mathematical themes in Science Fiction*, *Extrapolation* **27**, 245-269.
- HEINLEIN, R. A. 1977 *La desagradable profesión de Jonathan Hoag* (Barcelona, Martínez Roca)
- HOCKING, J. G. 1954 *Topology*, *Astounding Science Fiction* **53** (1), 96-110.
- HOYLE, F. 1961 *La nube negra* (Buenos Aires, Compañía General Fabril)
- HOYLE, F., HOYLE G. 1966 *El quinto planeta* (Buenos Aires, Compañía General Fabril)

KAGAN, N. 1964 *The Mathenauts*, Worlds of IF **14** (3), 82-96.

KASMAN, A. 2005 *Reality Conditions. Short Mathematical Fiction* (Washington D. C., Math. Assoc. America)

KAZANTSEV, A. 1984 *Ostree shpagi* (Moskva, Molodaya Gvardiya)

LEM, S. 1979 *A Perfect Vacuum* (London, Secker & Warburg)

PORGES, A. 1981 *El diablo y Simon Flagg*, Extensión (México), **15** (2), 22-23

PORGES, I. 1956 *Mathematics motivated through Science Fiction*, School Sci. Math. **56** 1-4

RÉNYI, A. 1967 *Dialogues on Mathematics* (San Francisco, Holden-Day)

ROBINSON, K. S. 1987 *The blind geometer*, Isaac Asimov's Science Fiction **11** (8), 142-177

RUCKER, R. (Ed) 1987 *Mathenauts: Tales of Mathematical Wonder* (Westminster MD, Arbor House)

SAGAN, C. 1990 *Contacto* (Barcelona, Plaza & Janés)

SLADEK, J. T. 1970 *The Müller-Fokker Effect* (London, Hutchinson)

STEPHENSON, N. 2002 *Criptonomicón* (Barcelona, Ediciones B)

STEWART, I. 2009 *Professor Stewart's Cabinet of Mathematical Curiosities* (New York, Basic Books)

TAINÉ, J. 1939 *Why Science Fiction?* Startling Stories **1** (2), 16

VV. AA. 1970 *Gigantesca fluctuación* (Buenos Aires, Ed. Quintaria)

VV. AA. 1993 *Estructuras fractales y sus aplicaciones* (Barcelona, Ed. Labor)

VV. AA. 1993 *El anticipador y otros cuentos de mente* (Madrid, Ed. Zugarto)

VILENKIN, N. Ya. 1968 *Stories about Sets* (New York, Academic Press)

WEINBAUM, S. G. 1936 *The brink of Infinity*, Thrilling Wonder Stories **8** (3), 56-63.

NOTAS

[1] En su página web <http://kasmana.people.cofc.edu/MATHFICT/search.php?go=yes&genre=sf&orderby=title>, Alex Kasman ha recopilado un gran número de estas obras, que recogen un amplio espectro de problemas, que varían de cuestiones triviales a conceptos de gran sofisticación y actualidad, tratadas con mayor o menor rigor.

[2] Recogido en el volumen editado por J. L. Borges citado en la bibliografía.

[3] Este tipo de condenas enfocadas desde la ignorancia son desgraciadamente una tendencia bastante frecuente en las "críticas literarias" de la ciencia ficción.

[4] Existe asimismo la opinión de que las matemáticas son una expresión característica de la creatividad humana, que constituye una hipótesis indemostrable, en tanto no pueda contrastarse con otra inteligencia de origen no terrestre.

[5] Del proceso iterativo descrito se deduciría un conjunto con un centro de simetría, lo cual es falso.

[6] Una visión más comercial, pero matemáticamente decepcionante y no propiamente adscrita a la ciencia ficción, es la novela *Parque jurásico* de M. Crichton, también aparecida en 1990.

[7] Suponiendo que el lector no perteneciera a la llamada escuela constructivista, en cuyo caso el conflicto filosófico está servido, y la propia existencia de pi podría cuestionarse.

[8] Estas son, en esencia, las superficies cuya curvatura media es nula. Físicamente puede pensarse en películas de jabón, que proporcionan interesantes ejemplos de tales superficies.

[9] El ejemplo más notorio es la psicohistoria de Asimov, cuyo análisis pormenorizado ya se ha tratado con detalle en una ocasión anterior. Véase la bibliografía.

[10] La mayoría de estos relatos, aparecidos antes de 1962, pueden encontrarse en las compilaciones *Fantasia Mathematica* y *The Mathematical Magpie*, ambas editadas por G. Fadiman.

[11] Puesto que la cinta de Möbius tiene borde, sólo tiene sentido plegarla identi-

cando puntos de éste. Dependiendo de la dirección que se tome, se obtiene la botella de Klein o el plano proyectivo real, que son superficies cerradas, compactas y sin borde. De modo que la secuencia de pliegues de este tipo acaba aquí, salvo que se permitan operaciones e identificaciones más generales.

[12] La misma idea de plegar superficies hasta supuestamente desaparecer (es decir, trasladarse a una dimensión superior) la emplea Ian McEwan en *Solid Geometry* (1976).

[13] La demostración sería obtenida por Appel y Haken en 1976 mediante el uso de un ordenador (véase por ejemplo *Scientific American* **237** (4), 1977, 108—121).

[14] Algunas de estas ideas fueron posteriormente incorporadas a un libro de tex-

to sobre topología, escrito en colaboración con Gail S. Young, que fue durante muchos años uno de los textos canónicos universitarios.

[15] De modo más preciso, el resultado mencionado es aquel que establece que las rectas bisectrices de los ángulos de un triángulo intersecan en un punto (correspondiente a la proposición 4 en el libro IV de los *Elementos de Euclides*).

[16] En la edición soviética original, Vilenkin añade en una nota a pie de página sus disculpas por manejar el personaje sin la elegancia literaria de Lem. Esta nota, no obstante, fue suprimida en la traducción del libro, lo que posiblemente explique el origen de la confusión.

[17] Editorial publicado en marzo de 1939, poco antes de la debacle bélica.

